

Material para el curso
“Apoyo al último año del Nivel Secundario para
la articulación con el Nivel Superior”

Una curiosa selección de textos



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

Presidenta de la Nación
DRA. CRISTINA FERNÁNDEZ DE KIRCHNER

Ministro de Educación
PROF. ALBERTO ESTANISLAO SILEONI

Secretaria de Educación
PROF. MARÍA INÉS ABRILE DE VOLLMER

Subsecretaria de Equidad y Calidad Educativa
LIC. MARA BRAWER

Directora Nacional de Gestión Educativa
LIC. MARISA DÍAZ

Director de Educación Secundaria
PROF. GUILLERMO GOLZMAN

Coordinadora de Áreas Curriculares
LIC. CECILIA CRESTA

Coordinadora del Curso "Apoyo al último año del Nivel Secundario
para la articulación con el Nivel Superior"
LIC. VANESA CRISTALDI

Coordinadora pedagógica del Curso "Apoyo al último año del Nivel Secundario
para la articulación con el Nivel Superior"
PROF. MARINA CORTÉS

© 2010, Ministerio de Educación

Cuarta edición: julio de 2010

Realización editorial:

Editorial Universitaria de Buenos Aires

Sociedad de Economía Mixta

Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires

Tel.: 4383-8025 / Fax: 4383-2202

www.eudeba.com.ar

Foto de tapa: *Silvina Piaggio*

Rediseño de tapa de la presente edición: *Fabían Ledesma*

Diagramación: *Fabían Ledesma*

Impreso en la Argentina

Hecho el depósito que establece la ley 11.723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopias u otros métodos, sin el permiso previo del Editor.

Literatura

¿Jura decir toda la verdad?

La literatura y la explicación de los hechos

¡A mi no me engañan las hormigas!

Mark Twain

Me parece que se cometen extrañas exageraciones cuando se habla de la inteligencia de las hormigas. Durante varios veranos me pasé observándolas un tiempo que hubiera podido emplear mejor. Pero jamás encontré una hormiga que, viva, pareciera más inteligente que muerta. Me refiero a las hormigas comunes y corrientes; no conozco las maravillosas hormigas suizas o africanas que celebran elecciones, tienen ejércitos disciplinados, tienen esclavos y discuten de religión. Esas hormigas serán tal como las pintan los naturalistas, no digo que no; de lo que estoy convencido es de que las otras, las hormigas que todos conocemos, son unas simuladoras. Estoy de acuerdo, claro, en que son trabajadoras; trabajan como nadie... cuando alguien las mira. Pero esa testarudez que tienen para el trabajo, me parece a mí un defecto. Sale una hormiga en busca de provisiones y las encuentra. ¿Y qué hace? ¿Se la lleva a su casa? No. La hormiga no sabe adónde está su casa. Puede ser que esté a un metro de allí, no importa. La hormiga es incapaz de encontrarla.

El trofeo que encuentra una hormiga suele ser algo completamente insertible para ella y para cualquiera y es, por lo general, siete veces más grande de lo conveniente. Además la hormiga se las arregla para agarrarlo en la forma más incómoda posible: lo levanta del suelo y se va, no hacia el hormiguero sino en dirección contraria; nunca tranquila e inteligentemente, sino con un apuro loco. Si en el camino encuentra una piedra, en vez de pasarle por el costado, le pasa por encima, retrocediendo y arrastrando el botín; cae del otro lado, se levanta llena de furia y de polvo, se sacude, se humedece las patas de adelante, aprieta ferozmente la presa entre las mandíbulas, tirando unas veces para acá otras veces para allá, empujándola a veces y a veces arrastrándola; se pone más y más nerviosa; levanta por fin la presa y sale disparando, no en la dirección que llevaba sino en alguna otra.

A la media hora de andar dando vueltas, se detiene a unos quince centímetros de donde partió; suelta la carga, se limpia la cabeza, se frota las patas, reanuda la marcha a la ventura, con el apuro de siempre. A fuerza de andar en zig-zag, con lo cual consigue correr mucho y no salir del mismo sitio, tropieza con el trofeo que había dejado abandonado. Como de eso no se acuerda, cree que es un hallazgo; mira a su alrededor para ver qué camino no la va a llevar al

hormiguero; carga otra vez con el botín y emprende la marcha en la que se va a encontrar con contratiempos parecidos a los de la carrera anterior.

Por fin se para a descansar. Llega otra hormiga a la que sin duda le parece que la pata de una langosta muerta hace un año es una estupenda pichincha y decide ayudar a la primera hormiga a llevarla al hormiguero. Cada una agarra una punta y tira para su lado. Después descansan y cambian ideas. Están de acuerdo en que la cosa no anda bien pero no entienden por qué así que cada una acusa a la otra de hacer lío. Se pelean. Se atacan; se muerden una a la otra; ruedan juntas por el polvo hasta que una de las dos pierde una pata o una antena y se va a Reparaciones. Se reconcilian y vuelven al trabajo. Lo hacen tan mal como antes, tirando cada una para su lado pero la mutilada está en inferioridad de condiciones de modo que la sana la arrastra junto con la presa. La pata de la langosta queda por fin abandonada más o menos en el mismo sitio en el que la encontraron. Las hormigas la observan con cuidado y convienen en que si bien se mira, no sirve para nada y cada una se va para su lado a buscar otra cosa pesada para divertirse cargándola, e inservible para tentarla.

Justo hoy vi a una hormiga haciendo todo eso. Llevaba una araña muerta que pesaba diez veces más que ella y a la cual acabó por dejar tirada para que cualquier otra hormiga igualmente sonsa pudiera llevársela. Medí la distancia recorrida por la muy bruta y concluí que lo que ella había hecho en veinte minutos equivalía al trabajo que haría un hombre en atar juntos dos caballos que pesan 350 kilos cada uno, echárselos a la espalda, recorrer medio kilómetro en un campo lleno de piedras de dos metros de altura pasándoles por encima y no por el costado; tirarse por un precipicio como el del Niágara más tres campanarios; y para al fin dejar los dos caballos en donde cualquiera pudiera llevárselos, e irse tranquilamente a otra parte.

Según la ciencia, es mentira que las hormigas guarden provisiones para el invierno. La hormiga es una hipócrita: trabaja solamente cuando la miran y si el que la mira parece aficionado a la naturaleza y dispuesto a tomar notas. La hormiga es incapaz de rodear un tronco sin desorientarse y perder el camino al hormiguero, cosa que es signo de idiotez. El trabajo ostentoso que hace es pura soberbia. Nunca termina bien una tarea.

Cosa extraña e incomprensible es que una mentirosa tan notoria como la hormiga haya engañado a las gentes de tantos países durante tantos años, sin que nunca nadie le descubriera el juego.

Mark Twain muy conocido por *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las Aventuras de Huckleberry Finn*, y cuya lectura siempre se recomienda a los jóvenes, nació en Florida (Estados Unidos) en 1935 y murió en Nueva York en 1910.

El beso

Gustavo Adolfo Bécquer

I

Cuando una parte del ejército francés se apoderó a principios de este siglo de la histórica Toledo, sus jefes, que no ignoraban el peligro a que se exponían en las poblaciones españolas diseminándose en alojamientos separados, comenzaron por habilitar para cuarteles los más grandes y mejores edificios de la ciudad.

Después de ocupado el suntuoso alcázar de Carlos V, echose mano de la casa de Consejos; y cuando ésta no pudo contener más gente comenzaron a invadir el asilo de las comunidades religiosas, acabando a la postre por transformar en cuadras hasta las iglesias consagradas al culto. En esta conformidad se encontraban las cosas en la población donde tuvo lugar el suceso que voy a referir, cuando una noche, ya a hora bastante avanzada, envueltos en sus oscuros capotes de guerra y ensordeciendo las estrechas y solitarias calles que conducen desde la Puerta del Sol a Zocodover, con el choque de sus armas y el ruidoso golpear de los cascos de sus corceles, que sacaban chispas de los pedernales, entraron en la ciudad hasta unos cien dragones de aquellos altos, arrogantes y fornidos, de que todavía nos hablan con admiración nuestras abuelas.

Mandaba la fuerza un oficial bastante joven, el cual iba como a distancia de unos treinta pasos de su gente hablando a media voz con otro, también militar a lo que podía colegirse por su traje. Éste, que caminaba a pie delante de su interlocutor, llevando en la mano un farolillo, parecía seguirle de guía por entre aquel laberinto de calles oscuras, enmarañadas y revueltas.

-Con verdad -decía el jinete a su acompañante-, que si el alojamiento que se nos prepara es tal y como me lo pintas, casi, casi sería preferible arrancharnos en el campo o en medio de una plaza.

-¿Y qué queréis, mi capitán -contestole el guía, que efectivamente era un sargento aposentador-; en el alcázar no cabe ya un grano de trigo, cuanto más un hombre; de San Juan de los Reyes no digamos, porque hay celda de fraile en la que duermen quince húsares. El convento adonde voy a conducirnos no era mal local, pero hará cosa de tres o cuatro días nos cayó aquí como de las

nubes una de las columnas volantes que recorren la provincia, y gracias que hemos podido conseguir que se amontonen por los claustros y dejen libre la iglesia.

-En fin -exclamó el oficial después de un corto silencio y como resignándose con el extraño alojamiento que la casualidad le deparaba-, más vale incómodo que ninguno. De todas maneras, si llueve, que no será difícil según se agrupan las nubes, estamos a cubierto, y algo es algo.

Interrumpida la conversación en este punto, los jinetes precedidos del guía, siguieron en silencio el camino adelante hasta llegar a una plazuela, en cuyo fondo se destacaba la negra silueta del convento con su torre morisca, su campanario de espadaña, su cúpula ojival y sus tejados de crestas desiguales y oscuras.

-He aquí vuestro alojamiento -exclamó el aposentador al divisarle y dirigiéndose al capitán, que, después que hubo mandado hacer alto a la tropa, echó pie a tierra, tomó el farolillo de manos del guía y se dirigió hacia el punto que éste le señalaba.

Como quiera que la iglesia del convento estaba completamente desmantelada, los soldados que ocupaban el resto del edificio habían creído que las puertas le eran ya poco menos que inútiles, y un tablero hoy, otro mañana, habían ido arrancándolas pedazo a pedazo para hacer hogueras con que calentarse por las noches.

Nuestro joven oficial no tuvo, pues, que torcer llaves ni descorrer cerrojos para penetrar en el interior del templo.

A la luz del farolillo, cuya dudosa claridad se perdía entre las espesas sombras de las naves y dibujaba con gigantescas proporciones sobre el muro la fantástica sombra del sargento aposentador que iba precediéndole, recorrió la iglesia de arriba abajo y escudriñó una por una todas sus desiertas capillas, hasta que una vez hecho cargo del local, mandó echar pie a tierra a su gente, y, hombres y caballos revueltos, fue acomodándola como mejor pudo.

Según dejamos dicho, la iglesia estaba completamente desmantelada, en el altar mayor pendían aún de las altas cornisas los rotos girones del velo con que lo habían cubierto los religiosos al abandonar aquel recinto; diseminados por las naves veíanse algunos retablos adosados al muro, sin imágenes en las hornacinas; en el coro se dibujaban con un ribete de luz los extraños perfiles de la oscura sillería de alerce; en el pavimento, destrozado en varios puntos, distinguíanse aún anchas losas sepulcrales llenas de timbres; escudos y largas inscripciones góticas; y allá a lo lejos, en el fondo de las silenciosas capillas y a la largo del crucero, se destacaban confusamente entre la oscuridad, semejantes a blancos e inmóviles fantasmas, las estatuas de piedra que, unas tendidas, otras de hinojos sobre el mármol de sus tumbas, parecían ser los únicos habitantes del ruinoso edificio.

A cualquiera otro menos molido que el oficial de dragones; el cual traía una jornada de catorce leguas en el cuerpo, o menos acostumbrado a ver estos sacrilegios como la cosa más natural del mundo, hubieran bastado dos adarnes de imaginación para no pegar los ojos en toda la noche en aquel oscuro e imponente recinto, donde las blasfemias de los soldados que se quejaban en alta voz del improvisado cuartel, el metálico golpe de sus espuelas que resonaban sobre las anchas losas sepulcrales del pavimento, el ruido de los caballos que piafaban impacientes, cabeceando y haciendo sonar las cadenas con que estaban sujetos a los pilares, formaban un rumor extraño y temeroso que se dilataba por todo el ámbito de la iglesia y se reproducía cada vez más confuso, repetido de eco en eco en sus altas bóvedas.

Pero nuestro héroe, aunque joven, estaba ya tan familiarizado con estas peripecias de la vida de campaña, que apenas hubo acomodado a su gente, mandó colocar un saco de forraje al pie de la grada del presbiterio, y arrebujándose como mejor pudo en su capote y echando la cabeza en el escalón, a los cinco minutos roncaba con más tranquilidad que el mismo rey José en su palacio de Madrid.

Los soldados, haciéndose almohadas de las monturas, imitaron su ejemplo, y poca a poca fue apagándose el murmullo de sus voces.

A la media hora sólo se oían los ahogados gemidos del aire que entraba por las rotas vidrieras de las ojivas del templo, el atolondrado revolotear de las aves nocturnas que tenían sus nidos en el dosel de piedra de las esculturas de los muros, y el alternado rumor de los pasos del vigilante que se paseaba, envuelto en los anchos pliegues de su capote a lo largo del pórtico.

II

En la época a que se remonta la relación de esta historia, tan verídica como extraordinaria, lo mismo que al presente, para los que no sabían apreciar los tesoros del arte que encierran sus muros, la ciudad de Toledo no era más que un poblachón destartalado, antiguo, ruinoso e insufrible.

Los oficiales del ejército francés, que, a juzgar por los actos de vandalismo con que dejaron en ella triste y perdurable memoria de su ocupación, de todo tenían menos de artistas o arqueólogos, no hay para que decir que se fastidiaban soberanamente en la vetusta ciudad de los Césares.

En esta situación de ánimo, la más insignificante novedad que viniese a romper la monótona quietud de aquellos días eternos e iguales, era acogida con avidez entre los ociosos: así es que la promoción al grado inmediato de uno de sus camaradas; la noticia del movimiento estratégico de una columna volante, la salida de un correo de gabinete o la llegada de una fuerza cualquie-

ra a la ciudad, convertíanse en tema fecundo de conversación y objeto de toda clase de comentarios, hasta tanto que otro incidente venía a sustituirlo, sirviendo de base a nuevas quejas, críticas y suposiciones.

Como era de esperar, entre los oficiales que; según tenían de costumbre, acudieron al día siguiente a tomar el sol y a charlar un rato en el Zocodover, no se hizo platillo de otra cosa que la llegada de los dragones, cuyo jefe dejamos en el anterior capítulo durmiendo a pierna suelta y descansando de las fatigas de su viaje. Cerca de una hora hacía que la conversación giraba alrededor de este asunto, y ya comenzaba a interpretarse de diversos modos la ausencia del recién venido, a quien uno de los presentes, antiguo compañero suyo de colegio, había citado para el Zocodover, cuando en una de las bocacalles de la plaza apareció al fin nuestro bizarro capitán despojado de su ancho capotón de guerra, luciendo un gran casco de metal con penacho de plumas blancas, una casaca azul turquí con vueltas rojas y un magnífico mandoble con vaina de acero, que resonaba arrastrándose al compás de sus marciales pasos y del golpe seco y agudo de sus espuelas de oro.

Apenas le vio su camarada, salió a su encuentro para saludarle, y con él se adelantaron casi todos los que a la sazón se encontraban en el corrillo, en quienes habían despertado la curiosidad y la gana de conocerle los pormenores que ya habían oído referir acerca de su carácter original y extraño.

Después de los estrechos abrazos de costumbre y de las exclamaciones, plácemes y preguntas de rigor en estas entrevistas; después de hablar largo y tendido sobre las novedades que andaban por Madrid, la varia fortuna de la guerra y los amigotes muertos o ausentes rodando de uno en otro asunto la conversación, vino a parar al tema obligado, esto es, las penalidades del servicio, la falta de distracciones de la ciudad y el inconveniente de los alojamientos.

Al llegar a este punto, uno de los de la reunión que, por lo visto, tenía noticias del mal talante con que el joven oficial se había resignado a acomodar su gente en la abandonada iglesia, le dijo con aire de zumba:

-Y a propósito de alojamiento, ¿qué tal se ha pasado la noche en el que ocupáis?

-Ha habido de todo -contestó el interpelado-; pues si bien es verdad que no he dormido gran cosa, el origen de mi vigilia merece la pena de la velada. El insomnio junto a una mujer bonita no es seguramente el peor de los males.

-¡Una mujer! -repitió su interlocutor como admirándose de la buena fortuna del recién venido; eso es lo que se llama llegar y besar el santo.

-Será tal vez algún antiguo amor de la corte que le sigue a Toledo para hacerle más soportable el ostracismo -añadió otro de los del grupo.

-¡Oh!, no -dijo entonces el capitán-; nada menos que eso. Juro, a fe de quien soy, que no la conocía y que nunca creí hallar tan bella patrona en tan incómodo alojamiento. Es todo lo que se llama una verdadera aventura.

-¡Contadla!, ¡contadla! -exclamaron en coro los oficiales que rodeaban al capitán; y como éste se dispusiera a hacerlo así, todos prestaron la mayor atención a sus palabras mientras él comenzó la historia en estos términos:

-Dormía esta noche pasada como duerme un hombre que trae en el cuerpo trece leguas de camino, cuando he aquí que en lo mejor del sueño me hizo despertar sobresaltado e incorporarme sobre el codo un estruendo, horrible, un estruendo tal, que me ensordeció un instante para dejarme después los oídos zumbando cerca de un minuto, como si un moscardón me cantase a la oreja.

Como os habréis figurado, la causa de mi susto era el primer golpe que oía de esa endiablada campana gorda, especie de sochantre de bronce, que los canónigos de Toledo han colgado en su catedral con el laudable propósito de matar a disgustos a los necesitados de reposo.

Renegando entre dientes de la campana y del campanero que la toca, disponíame, una vez apagado aquel insólito y temeroso rumor, a coger nuevamente el hilo del interrumpido sueño, cuando vino a herir mi imaginación y a ofrecerse ante mis ojos una cosa extraordinaria. A la dudosa luz de la luna que entraba en el templo por el estrecho ajimez del muro de la capilla mayor, vi a una mujer arrodillada junto al altar.

Los oficiales se miraron entre sí con expresión entre asombrada e incrédula; el capitán sin atender al efecto que su narración producía, continuó de este modo:

-No podéis figuraros nada semejante, aquella nocturna y fantástica visión que se dibujaba confusamente en la penumbra de la capilla, como esas vírgenes pintadas en los vidrios de colores que habréis visto alguna vez destacarse a lo lejos, blancas y luminosas, sobre el oscuro fondo de las catedrales.

Su rostro ovalado, en donde se veía impreso el sello de una leve y espiritual demacración, sus armoniosas facciones llenas de una suave y melancólica dulzura, su intensa palidez, las purísimas líneas de su contorno esbelto, su ademán reposado y noble, su traje blanco flotante, me traían a la memoria esas mujeres que yo soñaba cuando casi era un niño. ¡Castas y celestes imágenes, quimérico objeto del vago amor de la adolescencia!

Yo me creía juguete de una alucinación, y sin quitarle un punto los ojos, ni aun osaba respirar, temiendo que un soplo desvaneciese el encanto. Ella permanecía inmóvil.

Antojábaseme, al verla tan diáfana y luminosa que no era una criatura terrenal, sino un espíritu que, revistiendo por un instante la forma humana,

había descendido en el rayo de la luna, dejando en el aire y en pos de sí la azulada estela que desde el alto ajimez bajaba verticalmente hasta el pie del opuesto muro, rompiendo la oscura sombra de aquel recinto lóbrego y misterioso.

-Pero...-exclamó interrumpiéndole su camarada de colegio, que comenzando por echar a broma la historia, había concluido interesándose con su relato -¿cómo estaba allí aquella mujer? ¿No le dijiste nada? ¿No te explicó su presencia en aquel sitio?

-No me determiné a hablarle, porque estaba seguro de que no había de contestarme, ni verme, ni oírme.

-¿Era sorda?

-¿Era ciega?

-¿Era muda? -exclamaron a un tiempo tres o cuatro de los que escuchaban la relación.

-Lo era todo a la vez -exclamó al fin el capitán después de un momento de pausa-, porque era... de mármol.

Al oír el estupendo desenlace de tan extraña aventura, cuantos había en el corro prorrumplieron en una ruidosa carcajada, mientras uno de ellos dijo al narrador de la peregrina historia, que era el único que permanecía callado y en una grave actitud:

-¡Acabáramos de una vez! Lo que es de ese género, tengo yo más de un millar, un verdadero serrallo, en San Juan de los Reyes; serrallo que desde ahora pongo a vuestra disposición, ya que, a lo que parece, tanto os da de una mujer de carne como de piedra.

-¡Oh!, no... -continuó el capitán, sin alterarse en lo más mínimo por las carcajadas de sus compañeros-: estoy seguro de que no pueden ser como la mía. La mía es una verdadera dama castellana que por un milagro de la escultura parece que no la han enterrado en su sepulcro, sino que aún permanece en cuerpo y alma de hinojos sobre la losa que lo cubre, inmóvil, con las manos juntas en ademán suplicante, sumergida en un éxtasis de místico amor.

-De tal modo te explicas, que acabarás por probarnos la verosimilitud de la fábula de Galatea.

-Por mi parte, puedo deciros que siempre la creí una locura; mas desde anoche comienzo a comprender la pasión del escultor griego.

-Dadas las especiales condiciones de tu nueva dama, creo que no tendrás inconveniente en presentarnos a ella. De mí sé decir que ya no vivo hasta ver esa maravilla. Pero... ¿qué diantres te pasa?... diríase que esquivas la presentación. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! Bonito fuera que ya te tuviéramos hasta celoso.

-Celoso -se apresuró a decir el capitán-, celoso... de los hombres, no...; mas ved, sin embargo, hasta dónde llega mi extravagancia. Junto a la imagen de esa

mujer, también de mármol, grave y al parecer con vida como ella, hay un guerrero... su marido sin duda... Pues bien...: lo voy a decir todo, aunque os moféis de mi necesidad... Si no hubiera temido que me trataran de loco, creo que ya lo habría hecho cien veces pedazos.

Una nueva y aún más ruidosa carcajada de los oficiales saludó esta original revelación del estrambótico enamorado de la dama de piedra.

-Nada, nada; es preciso que la veamos -decían los unos.

-Sí, sí; es preciso saber si el objeto corresponde a tan alta pasión -añadían los otros.

-¿Cuándo nos reunimos a echar un trago en la iglesia en que os alojáis? -exclamaron los demás.

-Cuando mejor os parezca: esta misma noche si queréis -respondió el joven capitán, recobrando su habitual sonrisa, disipada un instante por aquel relámpago de celos-. A propósito. Con los bagajes he traído hasta un par de docenas de botellas de *Champagne*, verdadero *Champagne*, restos de un regalo hecho a nuestro general de brigada, que, como sabéis, es algo pariente.

-¡Bravo!, ¡bravo! -exclamaron los oficiales a una voz, prorrumpiendo en alegres exclamaciones.

-¡Se beberá vino del país!

-¡Y cantaremos una canción de Ronsard!

-Y hablaremos de mujeres, a propósito de la dama del anfitrión.

-Conque... ¡hasta la noche!

¡Hasta la noche!

III

Ya hacía largo rato que los pacíficos habitantes de Toledo habían cerrado con llave y cerrojo las pesadas puertas de sus antiguos caserones; la campana gorda de la catedral anunciaba la hora de la queda, y en lo alto del alcázar, convertido en cuartel, se oía el último toque de silencio de los clarines, cuando diez o doce oficiales que poco a poco habían ido reuniéndose en el Zocodover tomaron el camino que conduce desde aquel punto al convento en que se alojaba el capitán, animados más con la esperanza de apurar las prometidas botellas, que con el deseo de conocer la maravillosa escultura.

La noche había cerrado sombría y amenazadora; el cielo estaba cubierto de nubes de color de plomo; el aire, que zumbaba encarcelado en las estrechas y retorcidas calles, agitaba la moribunda luz del farolillo de los retablos o hacía girar con un chirrido agudo las veletas de hierro de las torres.

Apenas los oficiales dieron vista a la plaza en que se hallaba situado el alojamiento de su nuevo amigo, éste, que les aguardaba impaciente, salió a encontrarles; y después de cambiar algunas palabras a media voz, todos penetraron juntos en la iglesia, en cuyo lóbrego recinto la escasa claridad de una linterna luchaba trabajosamente con las oscuras y espesísimas sombras.

-¡Por quién soy! -exclamó uno de los convidados tendiendo a su alrededor la vista-, que el local es de los menos a propósito del mundo para una fiesta.

-Efectivamente -dijo otro-; nos traes a conocer a una dama, y apenas si con mucha dificultad se ven los dedos de la mano.

-Y, sobre todo, hace un frío, que no parece sino que estamos en la Siberia -añadió un tercero arrebujándose en el capote.

-Calma, señores, calma -interrumpió el anfitrión-; calma, que a todo se proveerá. ¡Eh, muchacho! -prosiguió dirigiéndose a uno de sus asistentes:- busca por ahí un poco de leña, y enciéndenos una buena fogata en la capilla mayor.

El asistente, obedeciendo las órdenes de su capitán, comenzó a descargar golpes en la sillería del coro, y después que hubo reunido una gran cantidad de leña que fue apilando al pie de las gradas del presbiterio, tornó la linterna y se dispuso a hacer un auto de fe con aquellos fragmentos tallados de riquísimas labores, entre los que se veían, por aquí, parte de una columnilla salomónica; por allá, la imagen de un santo abad, el torso de una mujer o la disforme cabeza de un grifo asomado entre hojarascas.

A los pocos minutos, una gran claridad que de improviso se derramó por todo el ámbito de la iglesia anunció a los oficiales que había llegado la hora de comenzar el festín.

El capitán, que hacía los honores de su alojamiento con la misma ceremonia que hubiera hecho los de su casa, exclamó dirigiéndose a los convidados:

Si gustáis, pasaremos al *buffet*.

Sus camaradas, afectando la mayor gravedad, respondieron a la invitación con un cómico saludo, y se encaminaron a la capilla mayor precedidos del héroe de la fiesta, que al llegar a la escalinata se detuvo un instante, y extendiendo la mano en dirección al sitio que ocupaba la tumba, les dijo con la finura más exquisita.

-Tengo el placer de presentaros a la dama de mis pensamientos. Creo que convendréis conmigo en que no he exagerado su belleza.

Los oficiales volvieron los ojos al punto que les señalaba su amigo, y una exclamación de asombro se escapó involuntariamente de todos los labios.

En el fondo de un arco sepulcral revestido de mármoles negros, arrodillada delante de un reclinatorio, con las manos juntas y la cara vuelta hacia el altar, vieron, en efecto, la imagen de una mujer tan bella, que jamás salió otra

igual de manos de un escultor, ni el deseo pudo pintarla en la fantasía más soberanamente hermosa.

-En verdad que es un ángel -exclamó uno de ellos.

-¡Lástima que sea de mármol! -añadió otro.

-No hay duda que, aunque no sea más que la ilusión de hallarse junto a una mujer de este calibre, es lo suficiente para no pegar los ojos en toda la noche.

-¿Y no sabéis quién es ella? -preguntaron algunos de los que contemplaban la estatua al capitán, que sonreía satisfecho de su triunfo.

-Recordando un poco del latín que en mi niñez supe, he conseguido a duras penas, descifrar la inscripción de la tumba -contestó el interpelado-; y, a lo que he podido colegir, pertenece a un título de Castilla; famoso guerrero que hizo la campaña con el Gran Capitán. Su nombre lo he olvidado; mas su esposa, que es la que veis, se llama Doña Elvira de Castañeda, y por mi fe que, si la copia se parece al original, debió ser la mujer más notable de su siglo.

Después de estas breves explicaciones, los convidados, que no perdían de vista el principal objeto de la reunión, procedieron a destapar algunas de las botellas y, sentándose alrededor de la lumbre, empezó a andar el vino a la ronda.

A medida que las libaciones se hacían más numerosas y frecuentes, y el vapor del espumoso *Champagne* comenzaba a trastornar las cabezas, crecían la animación, el ruido y la algazara de los jóvenes, de los cuales éstos arrojaban a los monjes de granito adosados a los pilares los cascos de las botellas vacías, y aquellos cantaban a toda voz canciones báquicas y escandalosas, mientras los de más allá prorrumpían en carcajadas, batían las palmas en señal de aplauso o disputaban entre sí con blasfemias y juramentos.

El capitán bebía en silencio como un desesperado y sin apartar los ojos de la estatua de doña Elvira.

Iluminada por el rojizo resplandor de la hoguera, y a través del confuso velo que la embriaguez había puesto delante de su vista, parecía que la mármorea imagen se transformaba a veces en una mujer real, parecía que entreabría los labios como murmurando una oración; que se alzaba su pecho como oprimido y sollozante; que cruzaba las manos con más fuerza que sus mejillas se coloreaban, en fin, como si se ruborizase ante aquel sacrílego y repugnante espectáculo.

Los oficiales, que advirtieron la taciturna tristeza de su camarada, le sacaron del éxtasis en que se encontraba sumergido y, presentándole una copa, exclamaron en coro:

-¡Vamos, brindad vos, que sois el único que no lo ha hecho en toda la noche!

El joven tomó la copa y, poniéndose de pie y alzándola en alto, dijo encarándose con la estatua del guerrero arrodillado junto a doña Elvira:

-¡Brindo por el emperador, y brindo por la fortuna de sus armas, merced a las cuales hemos podido venir hasta el fondo de Castilla a cortejarle su mujer en su misma tumba a un vencedor de Ceriñola!

Los militares acogieron el brindis con una salva de aplausos, y el capitán, balanceándose, dio algunos pasos hacia el sepulcro.

-No... -prosiguió dirigiéndose siempre a la estatua del guerrero, y con esa sonrisa estúpida propia de la embriaguez-, no creas que te tengo rencor alguno porque veo en ti un rival...; al contrario, te admiro como un marido paciente, ejemplo de longanimidad y mansedumbre, y a mi vez quiero también ser generoso. Tú serías bebedor a fuer de soldado..., no se ha de decir que te he dejado morir de sed, viéndonos vaciar veinte botellas...: ¡toma!

Y esto diciendo llevose la copa a los labios, y después de humedecérselos con el licor que contenía, le arrojó el resto a la cara prorrumpiendo en una carcajada estrepitosa al ver cómo caía el vino sobre la tumba goteando de las barbas de piedra del inmóvil guerrero.

-¡Capitán! -exclamó en aquel punto uno de sus camaradas en tono de zumba- cuidado con lo que hacéis... Mirad que esas bromas con la gente de piedra suelen costar caras... Acordaos de lo que aconteció a los húsares del 5.º en el monasterio de Poblet... Los guerreros del claustro dicen que pusieron mano una noche a sus espadas de granito, y dieron que hacer a los que se entretenían en pintarles bigotes con carbón.

Los jóvenes acogieron con grandes carcajadas esta ocurrencia; pero el capitán, sin hacer caso de sus risas, continuó siempre fijo en la misma idea:

-¿Creéis que yo le hubiera dado el vino a no saber que se tragaba al menos el que le cayese en la boca?... ¡Oh!... ¡no!... yo no creo, como vosotros, que esas estatuas son un pedazo de mármol tan inerte hoy como el día en que lo arrancaron de la cantera. Indudablemente el artista, que es casi un dios, da a su obra un soplo de vida que no logra hacer que ande y se mueva, pero que le infunde una vida incomprensible y extraña; vida que yo no me explico bien, pero que la siento, sobre todo cuando bebo un poco.

-¡Magnífico! -exclamaron sus camaradas-, bebe y prosigue.

El oficial bebió, y, fijando los ojos en la imagen de doña Elvira, prosiguió con una exaltación creciente:

-¡Miradla!... ¡miradla!... ¿No veis esos cambiantes rojos de sus carnes mórbidas y transparentes?... ¿No parece que por debajo de esa ligera epidermis azulada y suave de alabastro circula un fluido de luz color de rosa?... ¿Queréis más vida?... ¿Queréis más realidad?...

-¡Oh!, sí, seguramente -dijo uno de los que le escuchaban-; quisiéramos que fuese de carne y hueso.

-¡Carne y hueso!... ¡Miseria, podredumbre!... -exclamó el capitán-. Yo he sentido en una orgía arder mis labios y mi cabeza; yo he sentido este fuego que corre por las venas hirviendo como la lava de un volcán, cuyos vapores caliginosos turban y trastornan el cerebro y hacen ver visiones extrañas. Entonces el beso de esas mujeres materiales me quemaba como un hierro candente, y las apartaba de mí con disgusto, con horror, hasta con asco; porque entonces, como ahora, necesitaba un soplo de brisa del mar para mi frente calurosa, beber hielo y besar nieve... nieve teñida de suave luz, nieve coloreada por un dorado rayo de sol.... una mujer blanca, hermosa y fría, como esa mujer de piedra que parece incitarme con su fantástica hermosura, que parece que oscila al compás de la llama, y me provoca entreabriendo sus labios y ofreciéndome un tesoro de amor... ¡Oh!... sí... un beso... sólo un beso tuyo podrá calmar el ardor que me consume.

-¡Capitán! -exclamaron algunos de los oficiales al verle dirigirse hacia la estatua como fuera de sí, extraviada la vista y con pasos inseguros-, ¿qué locura vais a hacer? ¡Basta de broma y dejad en paz a los muertos!

El joven ni oyó siquiera las palabras de sus amigos y tambaleando y como pudo llegó a la tumba y aproximose a la estatua; pero al tenderle los brazos resonó un grito de horror en el templo. Arrojando sangre por ojos, boca y nariz, había caído desplomado y con la cara deshecha al pie del sepulcro.

Los oficiales, mudos y espantados, ni se atrevían a dar un paso para prestarle socorro.

En el momento en que su camarada intentó acercar sus labios ardientes a los de doña Elvira, habían visto al inmóvil guerrero levantar la mano y derribarle con una espantosa bofetada de su guantelete de piedra.

Gustavo Adolfo Bécquer nació en la ciudad española de Sevilla en 1836, recibió una completa educación que incluyó estudios en pintura y humanidades. Entre sus obras más famosas se encuentran las *Leyendas* y las *Rimas*. En 1870, enfermo y acosado por numerosas deudas, murió en Madrid a la edad de 34 años. Posteriormente, sus amigos más cercanos publicaron muchas de sus obras.

La muerte de un héroe

Pär Lagerkvist

En una ciudad donde nunca parecían suficientes las distracciones, un comité había contratado a un hombre que, luego de mantenerse en equilibrio cabeza abajo en lo alto del campanario de la iglesia, debía arrojarse al vacío y matarse. Cobraría por ello 500.000 coronas. Todas las clases sociales, todos los círculos se interesaron vivamente en el asunto. No se hablaba de otra cosa y las entradas se agotaron en pocos días. La gente opinaba que era un acto valeroso, sin dejar de considerar su precio. Por menos agradable que fuera caer de semejante altura, había que reconocer que la suma ofrecida bien valía la pena. Se podía estar orgulloso de una ciudad capaz de constituir el comité que había organizado todo sin escatimar gastos. Por supuesto, la atención se dirigía también hacia el hombre encargado de realizar el proyecto. Solícitos y ardorosos, los periodistas se arrojaron sobre él cuando faltaban pocos días para el espectáculo. Los recibió amablemente en el mejor hotel de la ciudad, donde tenía reservadas varias habitaciones.

—¡Bah! Para mí esto no es más que algo necio. Me han propuesto la suma que ustedes conocen y he aceptado. Eso es todo.

—Entonces, ¿usted no encuentra desagradable arriesgar su vida? Se comprende que sea necesario, pues sin ello la cosa no tendría nada de estrictamente sensacional y por lo tanto el comité no pagaría como lo hace, pero para usted personalmente no puede ser agradable.

—Sí, usted tiene razón; he pensado en eso. ¿Pero por qué no se haría por dinero?

Inspirados por estas declaraciones, aparecieron en los periódicos largos artículos sobre ese hombre hasta entonces desconocido, sobre su pasado, sus proyectos, sus opiniones sobre la actualidad, su carácter y su vida privada. Si se abría un diario cualquiera, allí estaba su retrato: un joven vigoroso, sin nada que lo hiciera notable, pero lozano y airoso, de rostro abierto enérgico; tipo representativo, en suma, de la mejor juventud de la época, sana y voluntariosa. Su imagen podía verse en todos los cafés, como preparación de la emoción que habría de venir. Se concluía que el muchacho no estaba nada mal, que era simpático; las mujeres lo encontraban maravilloso. Algunos que se atribuían

mayor sentido común alzaban los hombros diciendo: es un pícaro. Pero todos estaban de acuerdo en admitir que una idea tan original, tan fantástica, sólo podía nacer en una época tan extraordinaria como la nuestra, con su fiebre, su fogosidad, su propensión al sacrificio total. El comité, por su parte, recibía unánimes elogios por no haber reparado en los gastos cuando se trataba de montar semejante cosa, de ofrecer a la ciudad un espectáculo tan excepcional. Los gastos serían seguramente cubiertos por el precio elevado de las entradas; sin embargo, había un riesgo a correr.

Por fin llegó el gran día. Los alrededores de la iglesia hormigueaban de gente. Reinaba una emoción inaudita. Todos retenían el aliento, sobreexcitados por la espera de lo que debía ocurrir.

Y el hombre cayó; todo fue breve. La gente se estremeció, luego levantó la cabeza y se puso camino a casa. Hubo cierta decepción. El espectáculo había sido grandioso, y sin embargo... En suma, lo único que había hecho era matarse y se había pagado caro por una cosa tan simple. Se había desarticulado horriblemente, pero, ¿qué placer se había obtenido? ¡Una juventud llena de promesas sacrificada de esa manera!

El público volvió descontento a su casa; las damas abrían sus sombrillas para protegerse del sol. No; se debería prohibir organizar semejantes horrores. ¿Quién podría encontrar placer en ellos? Reflexionando, ellos encontraban todo eso irritante.

Pär Lagerkvist (Suecia, 1891-1974) recibió en 1951 el Premio Nobel de Literatura. El problema central de sus libros es el alma humana en su lucha entre el bien y el mal. Su obra denuncia la brutalidad y la violencia del mundo contemporáneo. Se enfrentó al nazismo con dos obras muy valientes: *El verdugo* (1933) y *El enano* (1944). Barrabás fue la novela que lo llevó a la fama universal. Este texto fue tomado de *Antología de Humor y Terror*, CEAL, Buenos Aires.

El silencio de las sirenas

de Franz Kafka

Existen métodos insuficientes, casi pueriles, que también pueden servir para la salvación. He aquí la prueba:

Para protegerse del canto de las sirenas, Ulises tapó sus oídos con cera y se hizo encadenar al mástil de la nave. Aunque todo el mundo sabía que este recurso era ineficaz, muchos navegantes podían haber hecho lo mismo, excepto aquellos que eran atraídos por las sirenas ya desde lejos. El canto de las sirenas lo traspasaba todo, la pasión de los seducidos habría hecho saltar prisiones más fuertes que mástiles y cadenas. Ulises no pensó en eso, si bien quizá alguna vez, algo había llegado a sus oídos. Se confió por completo en aquel puñado de cera y en el manojito de cadenas. Contento con sus pequeñas estratagemas, navegó en pos de las sirenas con alegría inocente.

Sin embargo, las sirenas poseen un arma mucho más terrible que el canto: su silencio. No sucedió en realidad, pero es probable que alguien se hubiera salvado alguna vez de sus cantos, aunque nunca de su silencio. Ningún sentimiento terreno puede equipararse a la vanidad de haberlas vencido mediante las propias fuerzas.

En efecto, las terribles seductoras no cantaron cuando pasó Ulises; tal vez porque creyeron que a aquel enemigo sólo podía herirlo el silencio, tal vez porque el espectáculo de felicidad en el rostro de Ulises, quien sólo pensaba en ceras y cadenas, les hizo olvidar toda canción.

Ulises (para expresarlo de alguna manera) no oyó el silencio. Estaba convencido de que ellas cantaban y que sólo él estaba a salvo. Fugazmente, vio primero las curvas de sus cuellos, la respiración profunda, los ojos llenos de lágrimas, los labios entreabiertos. Creía que todo era parte de la melodía que fluía sorda en torno de él. El espectáculo comenzó a desvanecerse pronto; las sirenas se esfumaron de su horizonte personal, y precisamente cuando se hallaba más próximo, ya no supo más acerca de ellas.

Y ellas, más hermosas que nunca, se estiraban, se contoneaban. Desplegaban sus húmedas cabelleras al viento, abrían sus garras acariciando la roca. Ya no pretendían seducir, tan sólo querían atrapar por un momento más el fulgor de los grandes ojos de Ulises.

Si las sirenas hubieran tenido conciencia, habrían desaparecido aquel día. Pero ellas permanecieron y Ulises escapó.

La tradición añade un comentario a la historia. Se dice que Ulises era tan astuto, tan ladino, que incluso los dioses del destino eran incapaces de penetrar en su fuero interno. Por más que esto sea inconcebible para la mente humana, tal vez Ulises supo del silencio de las sirenas y tan sólo representó tamaña farsa para ellas y para los dioses, en cierta manera a modo de escudo.

Franz Kafka es uno de los escritores más destacados del siglo XX. Nació y murió en Praga (1883-1924) y es autor de una de las novelas más representativas y más leídas de todo el siglo: *La metamorfosis*. Fue un visionario, nadie narró mejor que él lo que sucede en el mundo actual. Sin dudas fue un autor que superó a su época y estuvo por encima de las fronteras de su siglo. Escribió otros libros notables, como *El Proceso*.

**Sociedad, Ciencia
y Cultura Contemporánea
Caverna - Matrix**

La alegoría de la caverna (Fragmento)

Platón

I. –Y ahora –proseguí– compara con el siguiente cuadro imaginario el estado de nuestra naturaleza según esté o no esclarecida por la educación. Representate a unos hombres encerrados en una especie de vivienda subterránea en forma de caverna, cuya entrada, abierta a la luz, se extiende en toda su longitud. Allí, desde su infancia, los hombres están encadenados por el cuello y por las piernas, de suerte que permanecen inmóviles y sólo pueden ver los objetos que tienen delante, pues las cadenas les impiden volver la cabeza. Detrás de ellos, a cierta distancia y a cierta altura, hay un fuego cuyo resplandor los alumbraba, y entre ese fuego y los cautivos se extiende un camino escarpado, a lo largo del cual, imagina que se alza una tapia semejante al biombo que los titiriteros levantan entre ellos y los espectadores y por encima del cual exhiben sus fantoches.

–Imagino el cuadro –dijo.

–Figúrate además, a lo largo de la tapia, a unos hombres que llevan objetos de toda clase y que se elevan por encima de ella, objetos que representan, en piedra o en madera, figuras de hombres y animales y de mil formas diferentes. Y como es natural, entre los que los llevan, algunos conversan, otros pasan sin decir palabra.

–¡Extraño cuadro y extraños cautivos! –exclamó.

–Semejantes a nosotros –repliqué–. Y ante todo, ¿crees tú que en esa situación puedan ver, de sí mismos y de los que a su lado caminan, alguna otra cosa fuera de las sombras que se proyectan, al resplandor del fuego, sobre el fondo de la caverna expuesto a sus miradas?

–No –contestó–, porque están obligados a tener inmóvil la cabeza durante toda su vida.

—Y en cuanto a los objetos que transportan a sus espaldas, ¿podrán ver otra cosa que no sea su sombra?

—¿Qué más pueden ver?

—Y si pudieran hablar entre sí, ¿no juzgas que considerarían objetos reales las sombras que vieran?

—Necesariamente.

—¿Y qué pensarían si en el fondo de la prisión hubiera un eco que repitiera las palabras de los que pasan? ¿Crearían oír otra cosa que la voz de la sombra que desfila ante sus ojos?

—¡No, por Zeus! —exclamó.

—Es indudable —proseguí— que no tendrán por verdadera otra cosa que no sea la sombra de esos objetos artificiales.

—Es indudable —asintió.

—Considera ahora —proseguí— lo que naturalmente les sucedería si se los liberara de sus cadenas a la vez que se los curara de su ignorancia. Si a uno de esos cautivos se lo libera de sus cadenas y se lo obliga a ponerse súbitamente de pie, a volver la cabeza, a caminar, a mirar a la luz, todos esos movimientos le causarían dolor y el deslumbramiento le impedirá distinguir los objetos cuyas sombras veía momentos antes. ¿Qué habría de responder, entonces, si se le dijera que momentos antes sólo veía vanas sombras y que ahora, más cerca de la realidad y vuelta la mirada hacia objetos reales, goza de una visión verdadera? Supongamos, también, que al señalarle cada uno de los objetos que pasan, se le obligara, a fuerza de preguntas, a responder qué eran; ¿no piensas que quedaría perplejo y que aquello que antes veía habría de parecerle más verdadero que lo que ahora se le muestra?

—Mucho más verdadero —dijo.

II. —Y si se le obligara a mirar la luz misma del fuego, ¿no herirá ésta sus ojos? ¿No habrá de desviarlos para volverlos a las sombras, que puede contemplar sin dolor? ¿No las juzgará más nítidas que los objetos que se le muestran?

—Así es —dijo.

—Y en caso de que se lo arrancara por fuerza de la caverna —proseguí—, haciéndole subir por el áspero y escarpado sendero, y no se lo soltara hasta sacarlo a la luz del Sol, ¿no crees que lanzará quejas y gritos de cólera? Y al llegar a la luz, ¿podrán sus ojos deslumbrados distinguir uno siquiera de los objetos que nosotros llamamos verdaderos?

—Al principio, al menos, no podrá distinguirlos —contestó.

—Si no me engaño —proseguí—, necesitará acostumbrarse para ver los objetos de la región superior. Lo que más fácilmente distinguirá serán las sombras,

luego las imágenes de los hombres y de los demás objetos que se reflejan en las aguas y, por último, los objetos mismos; después, elevando sus miradas hacia la luz de los astros y de la luna, contemplará durante la noche las constelaciones y el firmamento más fácilmente que durante el día el Sol y el resplandor del Sol.

—Sin duda.

—Por último, creo yo, podría fijar su vista en el Sol, y sería capaz de contemplarlo, no sólo en las aguas o en otras superficies que lo reflejaran, sino tal cual es, y allí donde verdaderamente se encuentra.

—Necesariamente —dijo.

—Después de lo cual, reflexionando sobre el Sol, llegará a la conclusión de que éste produce las estaciones y los años, lo gobierna todo en el mundo visible y que, de una manera u otra, es la causa de cuanto veía en la caverna con sus compañeros de cautiverio.

—Es evidente —afirmó— que, después de sus experiencias llegaría a esas conclusiones.

—Si recordara entonces su antigua morada y el saber que allí se tiene, y pensara en sus compañeros de esclavitud, ¿no crees que se consideraría dichoso con el cambio y se compadecería de ellos?

—Seguramente.

—Y suponiendo que allí hubiese honores, alabanzas y recompensas establecidos entre sus moradores para premiar a quien discerniera con mayor agudeza las sombras errantes y recordara mejor cuáles pasaron primeras o últimas, o cuales marchaban juntas y que, por ello, fuese el más capaz de predecir su aparición, ¿piensas tú que nuestro hombre seguiría deseoso de aquellas distinciones y envidiaría a los colmados de honores y autoridad en la caverna? ¿O preferiría, acaso, como dice Homero, “trabajar la tierra al servicio de otro hombre sin patrimonio” y sufrirlo todo en el mundo antes que volver a juzgar las cosas como se juzgaba allí y vivir como allí se vivía?

—Yo, al menos —dijo—, creo que estaría dispuesto a sufrir cualquier situación antes que vivir de aquella manera.

—Y ahora considera lo siguiente —proseguí—: supongamos que ese hombre descende de nuevo a la caverna y va a sentarse en su antiguo lugar, ¿no quedarán sus ojos como cegados por las tinieblas al llegar bruscamente desde la luz del Sol?

—Desde luego —dijo.

—Y si cuando su vista se halla todavía nublada, antes de que sus ojos se adapten a la oscuridad —lo cual no exigen poco tiempo—, tuviera que competir con los que continuaron encadenados, dando su opinión sobre aquellas sombras, ¿no se expondrá a que se rían de él? ¿No le dirán que por haber subido

a las alturas ha perdido la vista y que ni siquiera vale la pena intentar el ascenso? Y si alguien ensayara libertarlos y conducirlos a la región de la luz, y ellos pudieran apoderarse de él y matarlo, ¿es que no lo matarían?

—Con toda seguridad —dijo.

III. —Pues bien —continué— ahí tienes, amigo Glaucón, la imagen precisa a que debemos ajustar, por comparación, lo que hemos dicho antes: el antro subterráneo es este mundo visible; el resplandor del fuego que lo ilumina es la luz del Sol; si en el cautivo que asciende a la región superior o la contempla te figuras el alma que se eleva al mundo inteligible, no te engañarás sobre mi pensamiento, puesto que deseas conocerlo, Dios sabrá si es verdadero; pero, en cuanto a mí, creo que las cosas son como acabo de exponer. En los últimos límites del mundo inteligible está la idea del bien, que se percibe con dificultad, pero que no podemos percibir sin llegar a la conclusión de que es la causa universal de cuanto existe de recto y de bueno; que en el mundo visible crea la luz y el astro que la dispensa; que en el mundo inteligible, engendra y procura la verdad y la inteligencia, y que, por lo tanto, debemos mantener fijos los ojos en ella para conducirnos sabiamente, tanto en la vida privada como en la pública.

Platón. *República*. Libro VII.

Traducción directa del griego de Antonio Camarero.

Buenos Aires, Eudeba, 1998 [24° edición]

Edipo

Sófocles

PERSONAJES

EDIPO - YOCASTA - CREONTE - TIRESIAS - MENSAJERO 1º
MENSAJERO 2º - SIERVO - CORIFEO - CORO

Edipo. —Mis hijos, generación nacida de aquel antiguo Cadmo, ¿por qué en mi presencia os sentáis en los altares con ramos de suplicantes? La ciudad está al tiempo inundada de perfumes, de cantos de peanes, de lamentos; no quiero oír de otros mensajeros que vosotros qué significa esto; por eso estoy aquí, yo, a quien todos llaman el glorioso Edipo. Mas ea, anciano, explícate, pues por tu edad debes hablar antes que éstos: ¿por qué estáis aquí? ¿Por miedo, o a implorar? ¡Habla sabiendo que yo quiero ayudaros en todo, porque sería insensible si no me apiadara de una súplica cual ésta!

Sacerdote. — Pues bien, Edipo, rey de mi patria, ves de qué edades tan dispares somos los que estamos sentados en tus altares: unos aún no tienen fuerza para un largo vuelo: otros somos sacerdotes ya torpes por la edad —yo lo soy de Zeus—; estos otros son los mejores de los jóvenes, y la restante multitud está sentada en las plazas con sus ramos de suplicantes, tanto junto a ambos templos de la diosa Palas como junto al altar de Apolo a orillas del Ismeno, altar de cenizas augurales. Que la ciudad, como tú mismo ves, sufre el embate de un fuerte temporal y no puede levantar su cabeza del fondo de sus olas de sangre. Perece en los frutos abortados de la tierra, perece en los rebaños de vacas y en los partos sin hijos de las mujeres; y, además, el dios que lleva el fuego, la peste odiosa, azota impetuoso a la ciudad y el negro Hades atesora lamentos y gemidos. No es por creerte igual a los dioses por lo que yo y estos jóvenes estamos sentados junto a los altares; pero sí el primero de los hombres en los azares de la vida y en la conciliación de los seres celestiales, pues que viniste a la ciudad de Tebas y nos libraste del tributo que pagábamos a la dura cantora; y esto sin habernos oído nada más que los otros ni haber sido instruido en el secreto, sino que con la ayuda de un dios se dice y cree que has enderezado nuestra vida. Pues bien, también ahora, ¡oh, Edipo glorioso más que nadie a los ojos de todos!, todos los suplicantes te imploramos que nos encuentres una ayuda, ya sea que hayas oído una voz enviada por alguno

de los dioses, ya que algo sepas por noticia de los hombres. Yo sé que los consejos de los hombres expertos obtienen mejor éxito. Ea, ¡oh, el mejor de los mortales!, haz erguirse de nuevo a esta ciudad; cuídate de tu fama: porque esta tierra te llama ahora su libertador por tu celo de antaño; y haz que jamás nos acordemos de tu reinado como de un tiempo en que nos pusimos en pie y luego caímos: ¡pon en pie a esta ciudad dejándola segura! En aquella ocasión nos diste la salud con un agüero favorable: ¡sé igual ahora con nosotros! Que si has de reinar sobre esta tierra de la que ahora eres señor, más bello es serlo estando poblada que desierta, pues nada es ni una ciudad fuerte ni una nave sin los hombres que la ocupan.

Edipo. — ¡Oh, hijos doloridos! Me es conocido y no desconocido aquello que buscáis; porque bien sé que sufrís todos y, sufriendo, no hay ninguno que sufra igual que yo. Vuestro dolor os llega a cada uno de por sí y a nadie más; pero mi alma llora por la ciudad, por mí y por ti a la vez. Por ello, no me habéis despertado de mi sueño; estad seguros de que he vertido muchas lágrimas y he recorrido muchos caminos en mi mente. Y el único remedio que he encontrado después de mirar mucho, ése le he puesto: he enviado a Creonte, mi cuñado, al templo de Apolo Pítico, a que inquiera qué he de hacer o decir para salvar a esta ciudad. Al calcular el tiempo transcurrido, estoy inquieto por lo que pueda hacer!; pues tarda más del tiempo necesario, fuera de toda previsión. Mas cuando llegue, seré yo un hombre vil si no hago todo cuanto revele el dios.

Sacerdote. — En momento oportuno lo dijiste, pues éstos me señalan a Creonte que llega.

Edipo. — ¡Señor Apolo, si viniera con una noticia salvadora al igual que sus ojos resplandecen!

Sacerdote. — A lo que se ve, viene con buenas nuevas; en otro caso no vendría así, con una corona de laurel.

Edipo. — Lo hemos de saber pronto; está a distancia para poder oír. Cuñado, hijo de Meneceo, ¿qué respuesta del dios vienes trayendo?

Creonte. — Buena; pues hasta las desdichas, si tienen un buen fin, se trocan en venturas.

Edipo. — ¿Mas cuál es la respuesta? Pues por lo que hasta ahora has dicho, no estoy ni confiado ni con miedo.

Creonte. — Si deseas oírla estando éstos delante, estoy dispuesto a hablar; e igual si quieres entrar dentro.

Edipo. — Habla ante todos; pues es por éstos más que por mí mismo por quienes tengo el duelo.

Creonte. — Voy a decir lo que escuché del dios. El rey Febo nos ha ordenado claramente expulsar del país a la impureza que, según dice, ha arraigado en él y a no dejarla que prospere incurable.

Edipo — ¿Con qué rito? ¿Nuestra desgracia, en qué consiste?

Creonte. — Desterrando al culpable o vengando la muerte con la muerte, porque esta sangre es la que lleva el temporal a la ciudad.

Edipo. — ¿Y a la muerte de qué hombre se refiere?

Creonte — Era en tiempos, señor, Layo el rey de esta tierra, antes de gobernar tú esta ciudad.

Edipo. — Lo sé de oídas; porque jamás le he visto.

Creonte. — Ahora nos manda castigar a los culpables de su muerte.

Edipo. — ¿Y dónde están? ¿Dónde se encontrará esta oscura huella de una antigua culpa?

Creonte. — Dijo que aquí. Lo que se busca es posible encontrarlo: en cambio, aquello de que nadie se preocupa nos pasa inadvertido.

Edipo. — ¿Fue en el palacio o fue en el campo en donde Layo halló la muerte? ¿O fue en tierra extranjera?

Creonte. — Marchó a visitar Delfos, según dijo, y ya no volvió a casa una vez que partió.

Edipo. — ¿Y no lo vio algún caminante, alguien que, de enterarnos de ello, nos hubiera ayudado?

Creonte. — Han muerto, salvo uno que huyó lleno de miedo y, fuera de una cosa, nada pudo decir a ciencia cierta de lo que vio.

Edipo. — ¿Qué cosa? Pues una cosa podría ser el camino para enterarnos de otras muchas si halláramos un breve comienzo de esperanza.

Creonte. — Dijo que unos bandidos, saliéndole al encuentro, lo mataron, no un hombre solo, sino una multitud.

Edipo. — ¿Y cómo el bandolero, si no se tramó algo desde aquí con ayuda de dinero, habría llegado a tanta audacia?

Creonte. — En esto se pensó; pero después que murió Layo, no hubo, en nuestro infortunio, nadie para salir en su defensa.

Edipo. — ¿Y cuál fue ese infortunio que estorbó, cuando el trono cayó de esta manera, que ello se descubriera?

Creonte. — La esfinge, la cantora de enigmas, nos forzaba a cuidarnos de lo más inmediato, dejando lo dudoso.

Edipo. — Voy a aclararlo todo desde el comienzo mismo. Febo con toda la razón, tú con razón, os cuidasteis del muerto; y, como es justo, me hallaréis como aliado, defendiendo a esta tierra y al dios al mismo tiempo. No es en defensa de amigos alejados, sino en la de mí mismo, como esta mancha he de limpiar. Quienquiera fuese el que a Layo dio muerte, podría quererme dar la muerte con su mano culpable. Ayudándole a él, a mí mismo me ayudo. Ea, de prisa, hijos, levantaos recogiendo esos ramos suplicantes. Que alguien reúna

aquí al pueblo de Tebas, porque ningún recurso he de dejar: o seremos dichosos con ayuda del dios, o caeremos.

Sacerdote. — Hijos míos, levantémonos, pues vinimos aquí en busca de las cosas que Edipo nos promete. Y Febo, que ha enviado esta respuesta de su oráculo, venga cual salvador y acabe con la peste.

Coro.

Estrofa 1.

De Zeus dulce voz, ¿cuál has llegado desde el áureo Delfos a la gloriosa Tebas? Me torturo, tiembla de miedo el angustiado corazón,
Apolo Delio, salvador.

Temo a causa de ti: ¿qué cosa nueva
envías, o repetida con los años?

Dilo, hija de la áurea Esperanza, Fama inmortal.

Antistrofa 1.

Te invoco la primera, hija de Zeus, Atenea inmortal; luego a nuestra patrona,
a Artemis, sentada en su trono glorioso de la plaza;
y a Febo el flechador.

Venid, debeladores de la muerte.

Si amenazando antaño la desgracia

Desterrasteis la llama del dolor, venid también ahora.

Estrofa 2.

¡Ay! Sufro dolores incontables.

Todo mi pueblo se halla enfermo, ni hay lanza del ingenio
con la cual defenderse. Ni los frutos
maduran de la tierra, ni los partos
compensan el dolor de las mujeres:

a uno tras otro puedes ver lanzarse, como a un pájaro alado,
más rápido que el fuego incontenible
hacia la orilla del sombrío dios.

Antistrofa 2.

La ciudad muere en número infinito;
propagando la peste, yacen sus hijos en el suelo
sin piedad; y las viudas y las madres
con sus canas, lloran en los altares
por doquier, suplicando en sus dolores:
brilla el peán, brilla la voz que gime en unión de la flauta;
tú por ello, dorada hija de Zeus,
envíanos tu ayuda sonriente.

Estrofa 3.

Y que Ares, el violento, que ahora sin bronce de las armas
me hace arder, atacándome entre gritos,
se aleje a la carrera de mi patria
y que el viento le lleve, al Océano,
vasta morada del Anfitrita,
o al puerto hostil al extranjero,
a las olas de Tracia;
pues si la noche algo no acaba
viene el día detrás a terminarlo;
a este dios, ¡oh, señor
del relámpago ígneo,
padre Zeus, aniquílale al fin bajo tu rayo!

Antístrofa 3.

Rey Licio, Apolo, quisiera que tus flechas indomables
volaran desde el oro de tu arco
cual protectoras nuestras, y con ellas
de Artemis las antorchas, con las cuales
va a la carrera por los montes.
Y llamo al dios de la áurea banda
que da nombre al país,
a Baco llamo de faz roja:
¡que con las ménades viniendo
se acerque con el fuego
de un pino envuelto en llamas,
aliado contra el dios que está maldito de los dioses!

Edipo. — Pide; y lo que pides, si es que quieres, oyendo mis palabras, escucharlas y remediar la peste, recibirás: ayuda y alivio en tus desgracias. Son palabras de un hombre que es ajeno a lo que se dijo o sucedió; no podría llegar lejos rastreando si no tuviera algún indicio. Ahora, como soy ciudadano entre los ciudadanos desde una fecha más reciente, proclamo ante todos los tebanos lo siguiente: el que de entre vosotros sepa a manos de quién murió Layo, el hijo de Lábdaco, a ése le ordeno darme cuenta de todo; si tiene miedo, que se anticipe en acusarse a sí mismo: ningún otro castigo sufrirá fuera de irse, sin ser tocado, de esta tierra. Y si hoy sabe que el criminal es un extraño de otra ciudad, que no se calle: yo le daré la recompensa y además tendrá mi gratitud. En cambio, si calláis y alguno, por temor, no cumple mi orden denunciando a su amigo, o a sí mismo, lo que he de hacer entonces, oíd de mí. Prohíbo que a este hombre, sea quienquiera, nadie en este país cuyo gobierno y trono rijo le dé acogida ni le hable ni haga en su compañía ofrendas o

plegarias a los dioses o le dé agua lustral; échenle fuera todos de sus casas, pues es para nosotros una mancha: el oráculo pítico de Apolo acaba de decírmelo. Tal aliado soy para el rey muerto y para el dios de Delfos; y maldigo al culpable, sea uno o alguien en compañía de varios: ¡que ese infame pierda en forma infame su vida miserable! ¡Pido para mí mismo, si llega a entrar en mi palacio con mi conocimiento, que sufra yo la maldición que a éstos he lanzado! ¡Yo os ordeno que cumpláis todo esto en interés de mí, del dios y de esta tierra arruinada así, sin frutos, sin ayuda de los dioses! Porque aunque el crimen no hubiera sido recordado por el dios, no era normal que lo dejaseis sin limpiar, habiendo muerto un hombre noble, un rey, sino, al contrario, que lo investigaseis hasta el fin. Y ahora, pues que tengo el poder que él tuvo un tiempo, tengo su lecho y la mujer que ambos hicimos nuestra, e hijos comunes nos habrían nacido —si no se hubiera malogrado su progenie—, mas la fortuna se ha abatido contra su cabeza; por todo ello yo le presto mi alianza, como lo haría con mi padre, y llegaré a todos los extremos tratando de encontrar al asesino para vengar al hijo de Lábdaco, de Polidoro, del viejo Cadmo y del más viejo Agenor, ¡a Layo! ¡Pido a los dioses que para aquellos que no cumplan mis palabras, no hagan crecer las mieses de la tierra, ni nacer los hijos de sus mujeres, sino que mueran con la muerte que ahora sufren y aun una peor! A los otros tebanos a quienes place todo esto, ¡ojalá la Justicia aliada y todos los demás dioses os escuchen de por siempre!

Corifeo. — Obligado por tus imprecaciones, voy, señor, a contestarte. Ni he matado ni puedo mostrarte al matador. En cuanto a esa búsqueda, correspondía a Febo, que la ha dirigido, decir quién fue el culpable.

Edipo. — Es justo lo que has dicho; pero ningún hombre podría obligar a los dioses a aquello que no quieren.

Corifeo. — Voy a decir lo que, en segundo lugar, me parece mejor.

Edipo. — Aunque sea lo mejor en tercer término, no dejes de decirlo.

Corifeo. — Sé que Tiresias es quien, antes que nadie, ve lo mismo que el rey Apolo; si investigáramos el caso con su ayuda, sería la mejor forma de aclararlo.

Edipo. — Tampoco he dejado esto sin hacer. A instancias de Creonte le he enviado dos mensajeros: debían haber llegado ya hace tiempo.

Corifeo. — Fuera de este remedio, en verdad, lo demás son palabras ya apagadas y lejanas.

Edipo. — ¿Cuáles? Yo quiero investigar toda palabra.

Corifeo. — Se dijo que murió a manos de unos caminantes.

Edipo. — También yo lo he oído; mas nadie sabe de quien esto vio.

Corifeo. — Si sabe lo que es miedo, no seguirá callado después de oír tus maldiciones.

Edipo. — Al que al obrar no tiene miedo, una palabra no le atemoriza.

Corifeo. Hay quien puede ponerlo al descubierto. Aquí nos traen ya al divino profeta; sólo a él entre los hombres le es innata la verdad.

Edipo. — ¡Tú que todo lo sabes, oh, Tiresias, lo que puede decirse y lo secreto, lo que pasa en el cielo y en la tierra! Esta ciudad, aunque no ves, tú sabes, sin embargo, qué enfermedad padece; eres el solo protector, el solo salvador, señor, que le encontramos. Pues Febo, si no lo oíste ya a mis mensajeros, esta respuesta dio a nuestra pregunta: solamente vendrá el fin de este mal si, descubriendo a los asesinos de Layo, los matamos o fuera de esta tierra los expulsamos desterrados. Tú, pues, no calles la respuesta de las aves ni otro camino alguno de la adivinación; y sálvate a ti mismo, y a la ciudad, y sálvame y aleja toda la impureza nacida de la víctima. En tus manos estamos: ¡que un hombre ayude a otros en lo que puede y es capaz, es la más noble de todas las acciones!

Tiresias. — ¡Ay, ay, cuán terrible es saber algo cuando no paga los gastos al que sabe! Yo sé esto muy bien, más lo he olvidado; en otro caso, no habría venido aquí.

Edipo. — ¿Qué ocurre? ¿Con qué desánimo has llegado!

Tiresias. — Déjame ir a mi casa; mucho mejor así tú y yo soportaremos nuestra vida, si me haces caso.

Edipo. — No has dicho cosa justa ni que pruebe tu amor a esta ciudad, que te ha criado, al denegarle la respuesta.

Tiresias. — Es que veo que no pronuncias tus palabras con oportunidad para ti mismo; no quiero que me pase a mí lo propio.

Edipo. — Por los dioses, si lo sabes, no te niegues; te lo pedimos todos estos suplicantes,

Tiresias. — Es que no lo sabéis; mas no hay cuidado de que yo revele mis desdichas... por no decir las tuyas.

Edipo. — ¿Qué dices? ¿Sabiéndolo, no vas a hablar, sino que piensas traicionarnos y arruinar la ciudad?

Tiresias. — Ni a mí ni a ti quiero causar dolor. ¿Por qué en vano me preguntas esto? De mí no vas a conocerlo.

Edipo. — ¿No vas, vil entre viles —hasta a una piedra harías airarse—, no vas jamás a hablar? ¿Vas a mostrarte así, insensible, inútil?

Tiresias. — Censuras mi manera de ser; pero no ves la tuya, la que mora contigo; en cambio, me criticas.

Edipo. — ¿Y quién sería capaz de no indignarse oyendo esas palabras con qué tú ahora haces ultraje a la ciudad?

Tiresias. — Son cosas que vendrán, aunque yo las envuelva en mi silencio.

Edipo. — Pues bien, si han de venir, tú debes revelármelas.

Tiresias. — No quiero decir más. Ante esto, si te place, áirate con la cólera más fiera.

Edipo.— Ninguna cosa he de callar, según estoy de airado, de las que ya comprendo. Sabe que me parece haber tramado el crimen y haberlo ejecutado, salvo que no has matado con tu mano; y si pudieras ver, habría dicho que el crimen había sido de ti solo.

Tiresias. — ¿De verdad? Te requiero a que cumplas la proclama que has lanzado: ¡desde este día no nos hables ni a éstos ni a mí, pues eres tú el impío que contamina a este país!

Edipo.. — ¿Tan impúdicamente lanzaste estas palabras? ¿Dónde piensas huir de esto que has hecho?

Tiresias. — Estoy ya a salvo: llevo en mí la verdad, ésta es mi fuerza.

Edipo. — ¿Y de quién la aprendiste? Sin duda, de nadie de tu oficio.

Tiresias. — De ti; tú me forzaste a hablar, mal de mi grado.

Edipo.. — ¿Qué palabra? Dila de nuevo, para enterarme así mejor.

Tiresias. — ¿No me entendiste? ¿O quieres sonsacarme con tu charla?

Edipo. — No te he entendido en forma que quedara enterado. Habla de nuevo.

Tiresias. — Digo que eres el asesino, ése a quien buscas.

Edipo. — No te reirás si dices dos veces esa infamia.

Tiresias — ¿Qué más he de decir, para que más te encolerices?

Edipo. — Tú di lo que deseas, pues será dicho en vano.

Tiresias — Digo que no advertiste que tenías un trato infame con los más queridos ni ves adónde llega tu desgracia.

Edipo. — ¿Crees que vas a decir siempre esto sin lágrimas?

Tiresias. — Sí, sí es que tiene fuerza la verdad.

Edipo. — La tiene, pero no para ti; no existe para ti porque eres ciego de los oídos, del pensamiento y de los ojos.

Tiresias. — Y tú eres desgraciado por censurarme cosas que ninguno de éstos dejará de censurarte muy en breve.

Edipo. — Te envuelve eterna noche; ni a mí ni a ningún otro que vea la luz puedes causarnos daño.

Tiresias. — No es tu destino caer víctima de mí; Apolo es suficiente, a cuyo cargo está llevar esto adelante.

Edipo. — ¿Es tuya o de Creonte esta maquinación?

Tiresias. — No es Creonte ningún mal para ti; pues lo eres tú para ti mismo.

Edipo. — ¡Oh, riqueza y poder y astucia que triunfa de la astucia en las querellas de la vida, cuán grande envidia atesoráis si por esta realeza que la ciudad me dio como un regalo, que no la pedí yo, por ella Creonte el fiel, el amigo de siempre, me ataca con insidias y desea destronarme lanzándome

este brujo, este tramposo, este embustero charlatán, que tiene vista sólo para el lucro, pero es ciego en su arte! Ea, dime, vamos; ¿en qué ocasión te has revelado adivino veraz? ¿Por qué, cuando la perra cantora estaba aquí, no dijiste a estos ciudadanos ninguna palabra salvadora? En verdad, explicar el enigma no era una empresa de cualquiera, sino que requería arte adivinatoria; y no se vio que la tuvieses ni sacada del vuelo de las aves ni revelada por alguno de los dioses; fui yo el que hubo de ir, Edipo, el que nada sabía, y la hice callar, hallando la respuesta por mí mismo y no aprendiéndola del vuelo de las aves. ¡Yo, a quien tú intentas destronar, esperando estar cerca del trono de Creonte! Veo que tú y el que ha tramado todo esto vais a expulsar al hombre impuro con llanto propio; y si no viera que eres un anciano, aprenderías a tu costa de qué clase es tu ciencia.

Corifeo. — Edipo, según nuestra opinión, lo mismo sus palabras que las tuyas fueron dichas con ira. No son estas palabras las que resultan necesarias, sino buscar cómo mejor descifraremos el oráculo del dios.

Tiresias. — Aunque tú eres el rey, he de tener igual derecho, al menos, a darte igual respuesta; esto lo puedo yo también. Porque no vivo como esclavo tuyo, sino de Apolo; así, no voy a empadronarme con Creonte por patrono.

Te digo yo, ya que tú como a ciego me injuriaste: teniendo vista, tú no ves a qué punto has llegado de desgracia, ni dónde moras, ni con quiénes vives. ¿Sabes de quiénes has nacido? ¿No te das cuenta de que eres enemigo de los tuyos, de los muertos y los vivos? La doble maldición de pie implacable de tu madre y tu padre ha de expulsarte un día de esta tierra, un día en el que tú, que tienes ahora vista, sólo veas las tinieblas. De tu clamor, ¿qué valle del Citerón no será puerto, qué valle no hará eco cuando te enteres de la boda a la que dentro de tu casa navegaste — a un puerto que no es puerto — encontrando bonanza? Ni ves la multitud de otras infamias que te harán el igual de tu otro yo y tus hijos. ¡Después de esto, injuria a Creonte y a mi lengua; pues no hay mortal alguno que vaya a ser nunca aplastado en una forma más infame!

Edipo. — ¿Es tolerable oír de éste tales cosas? ¿No te irás a la ruina? ¿No más rápido? ¿No darás media vuelta y te irás de este palacio?

Tiresias. — No habría venido, si no me hubieras convocado.

Edipo. — Ignoraba que hubieras de decir palabras insensatas; jamás en ese caso te habría hecho venir a mi palacio.

Tiresias. — Yo soy, según tú crees, un insensato; pero para los padres que te dieron el ser, un hombre sabio.

Edipo. — ¿Cuáles? Espera. ¿Quién me ha engendrado a mí de los mortales?

Tiresias. — Este día mostrará tu nacimiento y causará tu ruina.

Edipo. — Por demás enigmático y oscuro es lo que dices.

Tiresias. — ¿No naciste el más hábil en descifrar enigmas?

Edipo. — Injúriame en las cosas en que el más grande me hallarás.

Tiresias. — Y, sin embargo, es este azar el que te ha perdido.

Edipo.— Si he salvado con ello a esta ciudad, nada me importa.

Tiresias. — Me marchó, pues; llévame, niño.

Edipo. — Que se lo lleve; aquí presente, estorbas y molestas, mientras que, yéndote, no vas a darme más dolor.

Tiresias — Me voy diciendo aquello por que vine, sin tener miedo de tu rostro; pues no puedes causarme mal alguno. Yo te digo: ese hombre al que buscas hace tiempo amenazando y lanzando proclamas sobre la muerte del rey Layo, está aquí: pasa por extranjero aquí asentado, mas, pronto se verá que ha nacido tebano y no se alegrará de esa fortuna: ciego en vez de vidente, mendigo en vez de rico, recorrerá tierras extrañas tanteando, el suelo ante sí con un bastón; verán todos que es al mismo tiempo padre y hermano de los hijos con quien vive, hijo y esposo de la mujer de que nació y heredero del lecho y asesino de su padre. Penetra en el palacio y reflexiona sobre esto; y si descubres que he mentido, puedes afirmar ya que ignoro el arte de la profecía.

Coro.

Estrofa 1.

¿Quién es el que la roca profética de Delfos
dice que ha hecho la infamia con sus manos sangrientas?
Hora es de que en la fuga
tenga un pie más veloz que los corceles
al viento semejantes;
pues armado de fuego y de relámpagos
de Zeus el hijo contra él se lanza, y detrás de él caminan
los Hados implacables.

Antístrofa 1.

Ha brillado en la altura nevada del Parnaso
una voz: ¡que todos busquen al desconocido.
Camina por el bosque
salvaje, por las cuevas y las rocas,
a un toro semejante,
triste y solo en su marcha sola y triste;
de sí alejar pretende los oráculos
de Delfos; pero siempre
vuelan en torno.

Estrofa 2.

El sabio augur me causa terrible turbación.
Ni apruebo ni deniego; no sé lo que decir.
Vuelo en presentimientos, mas ignoro el presente y el futuro.

Pues qué querella había entre los Labdácidas
y él hijo de Pólipo, ni antes ni ahora sé,
querella en que apoyarme para alzarme
contra el nombre de Edipo entre el pueblo de Tebas
y vengar una muerte no aclarada.

Antistrofa 2.

Son sabios Zeus y Apolo y no ignoran las cosas
de los mortales; pero que valga un adivino
más que yo, no es sentencia verdadera: la ciencia con su ciencia
un varón es capaz de superar.

Antes de tener pruebas no escucho a los que acusan.

Pues la virgen alada contra Edipo
lanzóse un día y se le vio sabio y amigo:
jamás le acusaré de ningún crimen.

Creonte. — Ciudadanos, al enterarme de que el rey Edipo me hace objeto de acusaciones graves, me he presentado aquí, desesperado. Pues si en los infortunios actuales cree haber sufrido de mi parte, o en palabras o en obras, algo que le haga mal, no tengo yo deseo de una vida dilatada si ha de decirse esto de mí. Porque esta mala fama no es para mí un único castigo, sino uno muy grande, al ser llamado infame en la ciudad e infame por ti mismo y mis amigos.

Corifeo. — Sí; mas quizá esta injuria pudo venir bajo el imperio de la ira más que del pensamiento de la mente.

Creonte. — ¿Lo que se dijo fue que persuadí yo al adivino a pronunciar palabras embusteras?

Corifeo. — Esto es lo que se dijo, no sé con qué intención.

Creonte. — ¿Y con ojos serenos y mente no turbada se lanzó contra mí esa acusación?

Corifeo. — No sé; no tengo ojos para lo que hace el soberano. Mas héle aquí que sale del palacio.

Edipo. — ¿Cómo has venido aquí? ¿O llega a tanto tu impudor que te has llegado a mi palacio, tú que eres mi asesino claramente y el ladrón descarado de mi trono? Ea, di, por los dioses: ¿fue al ver en mí locura o cobardía cuando te decidiste a obrar así? ¿O es que pensaste que no iba a descubrir tu plan, que me atacaba con engaños, o que, si me enteraba, no me iba a defender? ¿Y no ves que tu intento era insensato, perseguir sin ayuda del pueblo ni de amigos la realeza, que solo rinden el número y el oro?

Creonte. — ¿Sabes lo que has de hacer? En respuesta a tus palabras, óyeme un tiempo igual; luego juzga tú mismo, una vez enterado.

Edipo. — Tú eres hábil para hablar y yo muy poco para comprenderte, pues te he encontrado hostil y mal intencionado para mí.

Creonte. — Escúchame primero mi explicación de esto.

Edipo. — No vayas a decirme que no eres un villano.

Creonte. — Si piensas que el orgullo sin razón es algún bien, no juzgas bien.

Edipo. — Si piensas que insidiando a un hombre de tu sangre no sufrirás castigo, no juzgas bien.

Creonte. — De acuerdo con que has dicho cosa justa. Ahora, instrúyeme del daño que dices que has sufrido.

Edipo. — ¿Me persuadiste o no me persuadiste de que debía enviar a alguien a buscar a ese... sabio adivino?

Creonte. — Y continuó pensando de igual modo.

Edipo. — ¿Cuánto hace que Layo...

Creonte. — ¿Hizo qué cosa? No veo tu intención.

Edipo. — ...sufrió muerte violenta?

Creonte. — Habría que calcular un largo tiempo; es una fecha antigua.

Edipo. — ¿Ejercía entonces su arte ese adivino?

Creonte. — Igual era de sabio, igual le honraban.

Edipo. — ¿Hizo mención de mí en aquellas fechas?

Creonte. — Jamás, al menos ante mí.

Edipo. — ¿E hicisteis pesquisas sobre el crimen?

Creonte. — Hicimos, ¿cómo no? Mas nada oímos.

Edipo. — ¿Y cómo es que ese sabio no dijo nada entonces?

Creonte. — No sé; pues sobre lo que ignoro prefiero estar callado.

Edipo. — Al menos sabes una cosa y la dirás, pues que me estimas.

Creonte. — ¿Cuál? Que si yo la sé, no he de negarla.

Edipo. — Que si no se hubiera unido a ti, jamás habría dicho que yo asesiné a Layo.

Creonte. — Si afirma eso, tú lo sabrás; por mi parte, quiero aprender de ti tanto cual tú de mí.

Edipo. — Aprende lo que quieras; no seré hallado culpable de una muerte.

Creonte. — Dime: ¿estás casado con mi hermana?

Edipo. — No puedo denegar lo que preguntas.

Creonte. — ¿Gobiernas el país igual que ella, dándole igual poder?

Edipo. — Todo lo que desea, lo consigue de mí.

Creonte. — ¿Y no es cierto que, como un tercero, soy igual que vosotros?

Edipo. — Por esto mismo has resultado un amigo traidor.

Creonte. — No, si reflexionas como lo hago yo. Mira primero esto. ¿Crees que alguien prefiera ser rey entre temores a reinar sin temblar, teniendo igual poder? No es mi naturaleza la de querer ser rey en vez de poseer poder real; ni la de nadie que sea un hombre cuerdo. Ahora, de ti lo obtengo todo sin sentir miedo; si, en cambio, gobernara yo mismo, habría de hacer mil cosas contra mi voluntad. ¿Cómo me iba a ser más agradable la realeza que un mando sin

pesares y el poder? No estoy tan engañado que desee otra cosa que lo que es a un tiempo honroso y útil. Ahora, todos me desean prosperidad y todos me saludan; ahora, todos los que te necesitan, a mí me buscan, porque de mí depende su esperanza. ¿Cómo iba yo a coger aquello y dejar esto? Una cabeza que bien piensa no admite la traición. Ni siento esa ambición ni iría al lado de alguien que obrara así. Como prueba de esto, ve a Delfos y pregunta si he anunciado exactamente la respuesta; o, si hallas que he tramado alguna cosa en unión del adivino, no me mates con un voto solamente, sino con dos: el mío y el tuyo. Pero no me acuses con sólo una sospecha incierta; pues no es justo juzgar hombres de bien a los malvados o, al contrario, malvados a los hombres de bien. Y el apartar de sí a un fiel amigo es igual, yo lo afirmo, que quitarse la vida, lo que más ama cada uno. Con el paso del tiempo aprenderás bien esto, pues es el tiempo el único que muestra al hombre justo, mientras que al malo en un único día podrías reconocerle.

Corifeo. — Bien ha hablado, señor, para uno que procure no caer; porque los hombres de decisiones rápidas no son seguros.

Edipo. — Cuando el que ataca con insidias marcha rápido, también yo debo decidir con rapidez. Si me quedo inactivo, los planes de éste serán ya hechos, y los míos, fracasos.

Creonte. — ¿Y cuál es tu deseo? ¿Desterrarme?

Edipo. — En modo alguno: tu muerte, no tu destierro, es lo que quiero, a fin de que sirvas de ejemplo de qué cosa es la envidia.

Creonte. — ¿Hablas como hombre que no cede ni me cree?

Edipo. — Tampoco cedés tú ante mí.

Creonte. — Es que veo que no razones con cordura.

Edipo. — Sí, en lo que me concierne.

Creonte. — Debías hacerlo igual en lo que a mí me atañe.

Edipo. — Es que eres un malvado.

Creonte. — ¿Y si no entiendes nada?

Edipo. — Me debes obediencia en todo caso.

Creonte. — No, si gobiernas mal.

Edipo. — ¡Oh, Tebas, Tebas!

Creonte. — También a mí, no sólo a ti, me importa Tebas porque veo que aquí, oportuna, viene Yocasta a vuestro encuentro, con cuya ayuda deberías poner fin a esta disputa.

Yocasta. — Desgraciados, ¿por qué habéis comenzado esta loca disputa? ¿No os da vergüenza, cuando así sufre Tebas, de remover cuestiones vuestras? ¿No entrarás en palacio, y tú, Creonte, en tu casa, evitando agrandar una cosa pequeña?

Creonte. — Hermana, Edipo, tu marido, cree justo castigarme cruelmente, habiendo decidido o expulsarme de la patria o darme muerte.

Edipo.— Estoy de acuerdo; le he sorprendido, esposa mía, atentando contra mí con malas artes.

Creonte. — Que no saque provecho, sino muera maldito, si he hecho contra ti algo de lo que dices.

Yocasta. — Cree esto, Edipo, por los dioses, respetando ante todo su imprecación y luego a mí y a estos que se encuentran ante ti.

Coro.

Estrofa 1.

Corifeo. — Créelo de grado, reflexiona, señor, lo ruego.

Edipo. — ¿En qué quieres que ceda?

Corifeo. — Escucha al que antes no era un necio; ahora su juramento le hace grande.

Edipo. — ¿Conoces lo que quieres?

Corifeo. — Lo conozco.

Edipo. — Explícame qué dices.

Corifeo. — No expulses al amigo que ha jurado, por una culpa oscura, deshonorado.

Edipo. — Sábelo bien: cuando esto pides, pides la muerte o el destierro para mí.

Estrofa 2.

Corifeo. — No, por el más alto de los dioses,
el Sol; muera sin dioses, sin amigos,
si éste es mi sentir.

Pero mi patria que perece, angustia
mi alma desgraciada si se añaden infortunios recientes a los viejos.

Edipo. — Váyase, pues, aunque sea yo el que haya de morir o de ser desterrado sin honor de esta tierra. Son tus palabras doloridas, no las tuyas, las que yo compadezco; dondequiera que esté, allí he de odiarle.

Creonte. — Cediendo, eres rencoroso; hiriente, cuando te excedes en tu ira. Estas naturalezas son, con justicia, las más molestas de llevar para sí mismas.

Edipo. — Déjame y vete.

Creonte. — Me iré; te he encontrado obcecado, pero para éstos soy el mismo.

Antistrofa 1.

Corifeo. — ¿A qué esperas, señora, para hacerle entrar dentro?

Yocasta. — A ver qué ha sucedido.

Corifeo. — Surgió una sospecha no segura; y también causa herida la injusticia.

Yocasta. — ¿Los dos se disputaron?

Corifeo. — Sí, mi reina.

Yocasta. — Mas ¿de qué se trataba?

Corifeo. — Ya, es bastante, cuando sufre mi patria,
que allí donde acabó, allí se quede.

Edipo. — ¿Ves, siendo un hombre cuerdo, a dónde has llegado calmando
y refrenando, mi coraje?

Antístrofa 2.

Corifeo:

Mi rey, lo he dicho muchas veces ya.
Sabe que sería un loco, sin sentido
de la razón, si te quitara el trono
a ti, que enviaste un viento favorable
a mi patria sin rumbo en la desdicha,
y ahora puedes ser su buen piloto.

Yocasta. — Dime también a mí, señor, por qué motivo te has airado tanto.

Edipo. — Te lo diré, porque te estimo, esposa mía, más que a estos otros:
por Creonte y los planes que ha urdido contra mí.

Yocasta. — Habla, si tienes pruebas para acusarle de dar motivo a la querella.

Edipo. — Dice que soy yo quien mató a Layo.

Yocasta. — ¿Sabiéndolo por sí o enterado por otro?

Edipo. — Enviando a un adivino miserable; pues, por sí mismo, no dice
una palabra.

Yocasta. — Desentiéndete, Edipo, de las cosas que dices y entérate de que
no hay ciencia humana que tenga el don de la adivinación. Te voy a dar la
prueba brevemente. Una vez le llegó un oráculo a Layo —no diré del propio
Febo, pero sí al menos de sus servidores— diciendo que era su destino morir a
manos del hijo que nacería de mí y de él. Pero a él, según fama, unos hombres
extranjeros le dieron muerte en una encrucijada de caminos, y desde el naci-
miento de su hijo no pasaron tres días, cuando Layo, atándole los pies, hizo
que le arrojaran a un monte inaccesible. Así, Apolo no dejó que el niño fuera
asesino de su padre ni tampoco que Layo, cual temiera, muriera a manos de su
hijo. Estos fueron los avisos del oráculo, de los cuales no debes tú cuidarte; pues
aquello que un dios considera necesario, lo saca él mismo fácilmente a la luz.

Edipo. — ¡Qué inquietud del alma, qué turbación me ha sobrevenido,
esposa mía, al escucharte ahora!

Yocasta. — ¿Qué pensamiento te ha alterado para hablar así?

Edipo. — Me ha parecido oírte que el rey Layo fue asesinado en un en-
cuentro de caminos.

Yocasta. — Así se dijo entonces y no ha dejado de decirse.

Edipo. — ¿Y dónde está el lugar en que ello sucedió?

Yocasta. — El país se llama Fócide; allí se juntan los caminos de Delfos y de Daulis.

Edipo. — ¿Cuánto hace que ocurrió?

Yocasta. — Poco antes de alcanzar tú el trono de Tebas fue anunciado esto a la ciudad.

Edipo. — ¡Oh, Zeus! ¿Qué has decidido hacer conmigo?

Yocasta. — ¿Qué es esto, Edipo, qué te viene a la memoria?

Edipo. — No me preguntes todavía. ¿Qué aspecto tenía Layo, qué edad?

Yocasta. — Era alto y hacía poco le habían nacido canas; su aspecto no difería mucho del tuyo.

Edipo. — Desgraciado de mí; me parece que me he dado cuenta hace un momento de que contra mí mismo profería terribles maldiciones.

Yocasta. — ¿Cómo dices? Tiemblo al mirarte, rey.

Edipo. — Terrible desánimo me invade, no sea vidente el adivino. Pero mejor me lo harás ver si me dices una cosa.

Yocasta. — Tengo miedo, pero responderé a lo que preguntes.

Edipo. — ¿Marchaba solo o con escolta numerosa, como un rey?

Yocasta. — Cinco eran en total, entre ellos un heraldo; solo había un coche, el que llevaba a Layo.

Edipo. — ¡Ay, esto ya está claro! ¿Mas quién era, señora, el que hizo este relato?

Yocasta. — Un esclavo, el único que se salvó y volvió.

Edipo. — ¿Está ahora en el palacio?

Yocasta. — No en verdad; cuando llegó de allí y vio que tú tenías el poder y Layo estaba muerto, me suplicó, tomándome la mano, que le enviara al campo como pastor de los rebaños, para estar lo más lejos de la vista de Tebas. Yo le envié, pues era digno, para ser un esclavo, de obtener este favor y otro más grande.

Edipo. — ¿Cómo podría venir a toda prisa?

Yocasta. — Es fácil, ¿mas por qué lo deseas?

Edipo. — Temo, señora, haber hablado demasiado; por eso quiero verlo.

Yocasta. — Bien, vendrá; pero también yo soy merecedora, rey, de saber la inquietud que hay en ti.

Edipo. — No te he de privar de ello, una vez que he llegado a este presentimiento. ¿Pues a quién hablaría mejor que a **tú** en este trance? Era mi padre Pólipo, el corintio, y Mérope mi madre, de la Dóride. Yo era considerado como el primero de los ciudadanos hasta que me ocurrió un suceso digno de admiración, si bien no del calor que puse en él. Un hombre ebrio me dijo en un banquete que yo no era hijo verdadero de mi padre. Yo, vejado, apenas me contuve; y al otro día fui a mis padres y les hice la pregunta; y ellos se dolieron

de la ofensa del que dejó escapar aquella afirmación. Yo me alegré por ellos, pero aquello me escocía continuamente; pues me llegó a lo vivo. A escondidas de mi padre y de mi madre, me encaminé hacia Delfos; y Febo, a lo que preguntaba, nada me respondió, mas reveló otras cosas llenas de miseria, de horror y de dolor: que yo debía unirme con mi madre y haría nacer hijos cuya vista los hombres no podrían soportar y había de ser el asesino de mi padre. Cuando esto oí, huí de Corinto guiándome por las estrellas, adonde jamás viera cumplirse la vergüenza de mi oráculo. Andando, llegué a aquellos lugares en que dices que murió vuestro rey. Voy a decirte la verdad, señora. Cuando llegaba cerca de aquella encrucijada vi que hacia mí venían un heraldo y un hombre que montaba en un coche de potros cual tú dices; y el que venía delante y el anciano mismo quisieron apartarme por la fuerza del camino. Yo golpeé con ira al que me echaba fuera, al cochero, y al verlo el viejo, aguardando a que pasara, me clavó desde el coche su aguijón de dos púas en mitad de la cabeza. No sufrió igual castigo, pues al punto le golpeé con mi bastón y, rodando del coche, cayó en el suelo boca arriba. Luego di muerte a los demás. Si aquel extranjero tiene que ver algo con Layo, ¿quién es más desdichado que yo? ¿Quién más odiado por los hombres? Sea extranjero o sea ciudadano, nadie puede en su casa recibirme, ni dirigirme la palabra, sino que deben expulsarme de su casa. Fui yo mismo el que se impuso estas maldiciones. Y el lecho del muerto lo mancho con mis manos, por las que él murió. ¿No soy un vil y un hombre impuro? Puesto que he de huir y en mi destierro no he de ver a los míos ni pisar en mi patria o, en otro caso, he de casarme con mi madre y he de matar a Pólibo, que me engendró y crió. ¿No se podría decir que todo esto ha sido maquinado contra mí por un dios lleno de crueldad? ¡Que no vea yo, oh dioses puros, venerables, que no vea yo ese día, sino desaparezca de la vista de los hombres antes de ver que cae sobre mí una tal mancha de infortunio!

Corifeo. — Todo esto, rey, nos causa miedo; pero en tanto te enteres bien escuchando al testigo, ten esperanza.

Edipo. — Esto solo me queda de esperanza, aguardar al pastor.

Yocasta. — Y cuando se presente, ¿qué pretendes hacer?

Edipo. — Te lo voy a decir; si dice igual que tú, habré escapado del desastre.

Yocasta. — ¿Qué oíste que llame tu atención?

Edipo. — Dijiste que afirmó que unos bandidos le mataron. Si dice aún igual número, no le matado yo; pues uno solo no puede ser igual a muchos. Pero si habla de un hombre solitario, no hay duda de que el crimen es mío.

Yocasta. — Está seguro de que su relato fue en esos términos y no le es ya posible retirarlo; la ciudad toda ha oído esto, no solo yo. Pero si se desdice de su antiguo relato, en todo caso no probará que la muerte de Layo sucediera conforme a la respuesta del oráculo, puesto que Apolo dijo que había de

morir a manos de mi hijo. Y, sin embargo, no fue aquel infortunado quien le dio muerte, sino que él mismo murió antes. Por tanto, en lo que toca a los oráculos, no me interesa si dicen una cosa o contraria luego.

Edipo. — Dices bien. Sin embargo, manda a alguien que busque al siervo y no descuides este asunto.

Yocasta. — Lo mandaré en seguida; mas vamos al palacio: nada quiero hacer yo contra tu gusto.

Coro.

Estrofa 1.

Ojalá fuera mi destino
la pureza piadosa en las palabras
y en las acciones todas, cuyas leyes
sublimes han nacido
en el éter celeste, cuyo padre
es el Olimpo solo; que la raza
mortal de los humanos
no las dio a luz; nunca el olvido las dormirá;
hay en ellas un dios que no envejece.

Antistrofa 1.

Orgullo engendra tiranía;
el orgullo se saca con exceso
de lo que no es prudente ni oportuno;
escala las almenas
y se lanza al peligro del abismo
en el que no es de utilidad su pie.
Mas la rivalidad
que a la ciudad da honra, Dios la conserve siempre.
Siempre a Dios tendré por protector.

Estrofa 2.

Mas si alguien con sus manos o palabras procede con desprecio,
sin miedo a la Justicia
ni respeto a los dioses,
destino infame le sorprenda
por su orgullo perverso.
Si no gana en justicia su ganancia y se aleja a sí mismo de lo impío,
o si toca soberbio lo que es santo,
¿qué hombre que haga esto podrá jamás jactarse
de huir las flechas de los dioses?
Pues si esos crímenes reciben honra,
¿a qué danzar mi danza sacra?

Antistrofa 2.

Ya no iré reverente al inviolable ombligo de la tierra,
Delfos, ni al templo de Abas,
ni tampoco iré a Olimpia
si esto no queda desvelado
a los ojos mortales.
Mas, ¡oh señor!, si así te invoco bien,
Zeus siempre rey, no escape a tu mirada
ni a tu imperio inmortal.
Pues parecen los viejos oráculos de Layo
y ya los miran como vanos;
se acaba el culto de los dioses.

Yocasta. — Nobles de Tebas, me ha venido el pensamiento de visitar los templos de los dioses, portadora de ramos suplicantes y de ofrendas de incienso; pues Edipo deja a su corazón agitarse en exceso con toda clase de aflicciones; y no interpreta los sucesos nuevos con ayuda de los viejos, como un hombre prudente, sino que está merced de cualquiera que hable, si habla cosas terribles. Como con mis consejos nada logro. Apolo Licio, suplicante — pues eres el más próximo — con estos símbolos, a fin de que nos busques una liberación de la impureza; que ahora tememos todos, al ver al rey temblando, al igual que se tiembla cuando se ve temblar al piloto de la nave.

Mensajero. — ¿Podrías decirme, oh extranjeros, dónde está el palacio de Edipo? O, mejor, decidme dónde se encuentra él, si lo sabéis.

Corifeo — Este es, extranjero, y él se halla dentro; ésta es la madre de sus hijos.

Mensajero. — Sea feliz y felices los suyos, si en verdad es su legítima esposa.

Yocasta. — E igual tú, extranjero, pues eres digno de ello por tu cortesía. Mas di por qué has venido y qué deseas anunciar.

Mensajero. — Cosas buenas, señora, para tu casa y tu marido.

Yocasta. — ¿Cuáles? ¿Y de quién vienes?

Mensajero. — De Corinto. Lo que voy a decir te alegrará —¿cómo no sería así?—, pero quizás te apene.

Yocasta. — ¿Qué es? ¿Cómo tiene esa doble cualidad?

Mensajero. — Los habitantes del país del Istmo van a hacerlo su rey, según se decía allí.

Yocasta. — ¿Cómo? ¿No continúa en el trono el viejo Pólipo?

Mensajero. — No, pues la muerte le ha llevado al sepulcro.

Yocasta. — ¿Qué has dicho? ¿Murió Pólipo, anciano?

Mensajero. — Si no hablo la verdad, me someto a morir.

Yocasta. — Esclava, entra al punto y di esto al rey. Oráculos divinos, ¿dónde estáis? ¡De miedo de matarle se ha desterrado Edipo; y ahora ha muerto a manos del azar y no a las tuyas!

Edipo. — ¡Oh, Yocasta, mi querida mujer! ¿Para qué me has llamado del palacio?

Yocasta. — Oye a este hombre y mira, tras oírle, adónde han ido los sagrados oráculos del dios.

Edipo. — ¿Quién es y qué me dice?

Yocasta. — Es de Corinto; ha venido a anunciarte que ya no existe Pólibo, tu padre, sino que ha muerto.

Edipo. — ¿Qué dices, viejo? Explícate tú mismo.

Mensajero. — Si debo anunciar esto lo primero, sabe que aquél ha muerto.

Edipo. — ¿Víctima de traición o enfermedad?

Mensajero. — Un leve contratiempo es suficiente para que muera un viejo.

Edipo. — Según parece, murió de enfermedad.

Mensajero. — Y de los muchos años que tenía.

Edipo. — ¡Ay! ¿Cómo podría uno hacer caso del altar de Febo el adivino, o de las aves que cantan en el cielo, según las cuales yo debía dar muerte a mi padre? Muerto, está envuelto en la tierra; y yo aquí, en Tebas, no he tocado la espada; si es que no ha muerto de dolor por mi ausencia; así, quizá, habrá muerto por mi causa. En fin, ya yace Pólibo en la casa de Hades, llevándose consigo los antiguos oráculos, que valían bien poco.

Yocasta. — ¿No te decía yo esto hace ya tiempo?

Edipo. — Sí lo decías, pero yo me extraviaba por el miedo.

Yocasta. — No te cuides ahora de nada de estas cosas.

Edipo. — ¿Y cómo no temer al lecho de mi madre?

Yocasta. — ¿Por qué ha de estar sujeto a miedo el hombre, que es gobernado por los casos del azar y no tiene presencia clara de ninguna cosa? Mejor es vivir a la ventura, como cada uno pueda. Tú no temas a la boda con tu madre; son muchos los que en sueños se han unido a su madre. El que a estas cosas no da valor, vive más fácilmente.

Edipo. — Esto estaría bien dicho si no viviera ya mi madre; pero, puesto que vive, es fuerza, aunque hables bien, temer.

Yocasta. — Pero la muerte de tu padre es un gran signo de esperanza.

Edipo. — Grande, lo reconozco; mas me da miedo el que ella viva.

Mensajero. — ¿Por qué mujer teméis?

Yocasta. — Por Mérope, ¡oh anciano!, que era esposa de Pólibo.

Mensajero. — ¿Y qué hay en ella que os dé miedo?

Yocasta. — Un cruel oráculo divino, extranjero.

Mensajero. — ¿Puede decirse? ¿O no está permitido que lo sepa otro?

Edipo. — Sí lo está; me dijo Apolo en otro tiempo que había de unirme con mi madre y verter con mis manos la sangre de mi padre. Por eso ha muchos años que vivo lejos de Corinto; con fortuna, en verdad, mas, sin embargo, es lo más dulce el contemplar los ojos de los padres.

Mensajero. — ¿Por miedo a esto vives en el destierro?

Edipo. — Para no ser, anciano, el asesino de mi padre.

Mensajero. — ¿Por qué? ¿No te he librado ya de ese miedo, oh rey, pues he venido como amigo?

Edipo. — En verdad, tendrías de mí la gratitud que ello merece.

Mensajero. — Para eso vine sobre todo: para que al regresar tú a casa sacara algún provecho.

Edipo. — Jamás iré a reunirme con mis padres.

Mensajero. — Hijo, veo que no sabes lo que haces...

Edipo. — ¿Por qué, anciano? Dímelo, por los dioses.

Mensajero. — ...si por eso no quieres ir a casa.

Edipo. — Es por miedo a que Febo sea verídico.

Mensajero. — ¿A cometer un crimen con tus padres?

Edipo. — Esto es, anciano, esto es lo que me aterra siempre.

Mensajero. — ¿Sabes que no tienes razón para temer a nada?

Edipo. — ¿Cómo no he de tenerla, si he nacido de estos padres?

Mensajero. — Pólipo no tenía ninguna relación con tu familia.

Edipo. — ¿Cómo dijiste? ¿No fue Pólipo mi padre?

Mensajero. — No más que yo: igual.

Edipo. — ¿Cómo el que me engendró va a serlo igual que el que no es nada?

Mensajero. — Ni aquel ni yo te hemos engendrado.

Edipo. — Entonces, ¿por qué me llamó hijo?

Mensajero. — Te recibió, sábelo bien, cual un presente de mis manos.

Edipo. — ¿Y recibíendome de modo extraño, me amó luego en tal grado?

Mensajero. — Su falta de hijos fue lo que le movió.

Edipo. — ¿Me habías comprado o hallado por azar?

Mensajero. — Te había encontrado en los repliegues de los valles del Citerón.

Edipo. — ¿Y por qué recorrías aquellos sitios?

Mensajero. — Apacentaba los rebaños en los montes.

Edipo. — ¿Eras pastor, un hombre errante que trabaja por jornal?

Mensajero. — Pero también tu salvador, mi hijo, en aquel tiempo.

Edipo. — ¿Y qué dolor sufría cuando me tomaste en brazos?

Mensajero. — Tus tobillos podrían atestiguarlo.

Edipo. — ¡Ay de mí! ¿Por qué me hablas de esa vieja miseria?

Mensajero. — Te liberé: tenias atravesados los tobillos.

Edipo. — Fue un cruel ultraje el que saqué de mis pañales,

Mensajero. — Tanto, que de este caso recibiste tu nombre

Edipo. — ¿Quién me infirió el ultraje? ¿Fue mi padre o mi madre? Dímelo, por los dioses.

Mensajero. — No sé; el que te entregó a mí lo conoce mejor.

Edipo. — ¿Me recibiste de otro y no me hallaste por azar?

Mensajero. — No; otro pastor te entregó a mí.

Edipo. — ¿Quién fue? ¿Sabes decírmelo?

Mensajero. — Decían que era uno de los siervos de Layo.

Edipo. — ¿Del que era antiguamente el rey de este país?

Mensajero. — El mismo; un pastor de él.

Edipo. — ¿Y está aún vivo para poder yo verle?

Mensajero. — Vosotros, los de aquí; sois quienes podéis mejor saberlo.

Edipo. — ¿Existe alguno de los aquí presentes que conozca al pastor de que habla, de haberle visto en el campo o aquí? Decidlo, que es el momento de que esto se descubra.

Corifeo. — Creo que no es otro que aquel hombre del campo que antes quisiste ver; pero Yocasta, aquí presente, es quien mejor podrá decírtelo.

Edipo. — ¿Señora, te acuerdas de aquel hombre que hace poco queríamos que viniera? ¿Habla de él éste?

Yocasta. — ¿Qué importa de quién habla? No te cuides de ello. No te acuerdes siquiera, vanamente, de las cosas que ha dicho.

Edipo. — No puede ser que yo, conociendo estos indicios, deje de descubrir mi origen.

Yocasta. — Por los dioses, si te importa algo de tu vida, no investigues nada de esto; bastante es mi desgracia.

Edipo. — Ten valor: aunque resulte ser esclavo tres veces, hijo de tres generaciones de esclavos, no por eso serás tú mal nacida.

Yocasta. — Sin embargo, hazme caso, te lo ruego; no hagas eso.

Edipo. — No haré caso en dejar de averiguarlo.

Yocasta. — Te lo digo porque sé lo que más te conviene.

Edipo. — Lo que más me conviene me es causa de dolor hace ya tiempo.

Yocasta. — ¡Desgraciado! ¡Ojalá no llegues a saber quién eres!

Edipo. — Que vaya uno y me traiga a ese pastor. A ésta, dejadla que disfrute con su estirpe adinerada.

Yocasta. — ¡Ay, desgraciado! Pues esto sólo puedo yo llamarte y nada más ya nunca.

Corifeo. — ¿Por qué ha marchado, Edipo, la mujer, dominada por un dolor violento? Tengo miedo de que de este silencio nazcan males.

Edipo. — Que nazcan los que quieran; yo quiero conocer mi estirpe, aunque sea miserable. Esta sin duda, orgullosa cual mujer, tiene vergüenza de mi bajo nacimiento. Yo, en cambio, me considero hijo de la Fortuna benévola y

no recibiré ningún desdoro. Ella es mi madre; y los meses, mis hermanos, me han hecho ya pequeño, ya grande. Tal nací y no he de hacerme diferente; así que no hay motivo para no averiguar mi nacimiento.

Coro.

Esfrofa 1.

Si adivino soy yo y de mente sabia,
no dejará, por el Olimpo,
de darte honor, ¡oh Citerón!, Edipo,
la luna llena de mañana, pues de él eres a un tiempo patria, nodriza y madre.
Te cantará mi coro, pues a mis reyes eres grato.
¡Oh Febo salvador, todo esto de tu agrado sea!

Antistrofa 1.

¿Quién, niño, te dio a luz de entre las ninfas,
unida al dios de las montañas,
al padre Pan? ¿O acaso fue una amante
de Apolo, que recorre todos los altos pastizales?
Quizá el dios de Cilene
o Baco, que en las cumbres mora, de alguna de las ninfas
del Helicón, sus compañeras, te acepté cual presente.

Edipo. — Si yo, que no le he conocido nunca, puedo conjeturarlo, creo ver al pastor que hace tiempo buscamos. Su gran vejez resulta acorde con la de este mensajero; además, reconozco a los que le conducen como criados míos; mas quizá tú tengas ventaja para reconocerle, pues que viste, otras veces al pastor.

Corifeo. — Le reconozco, está seguro; era un fiel pastor de Layo, tanto como el que más.

Edipo. — Te pregunto, extranjero de Corinto: ¿te refieres a éste?

Mensajero. — Sí; a éste que ves.

Edipo. — Mírame y contesta, anciano, lo que yo te pregunte. ¿Eres de Layo?

Siervo. — Sí; era un esclavo no comprado, sino criado en casa.

Edipo. — ¿Y de qué te ocupabas o cuál era tu vida?

Siervo. — La mayor parte de mi vida fui pastor.

Edipo. — ¿Y qué lugares frecuentabas más?

Siervo. — Ya el Citerón, ya sus cercanías.

Edipo. — ¿No conoces a éste de haberle visto allí?

Siervo. — ¿Qué hacía? ¿A qué hombre te refieres?

Edipo. — ¿A éste aquí presente; ¿le encontraste alguna vez?

Siervo. — No; al menos, no puedo asegurarlo de prisa y de memoria.

Mensajero.— Nada tiene de extraño, señor, pero yo le haré acordarse claramente, aunque no me reconozca.

Pues bien sé que se acuerda de cuando yo era su vecino en el Citerón seis meses, desde la primavera hasta el otoño; yo tenía dos rebaños y él uno; en invierno, llevaba a mis rebaños a mi aprisco y él al de Layo. ¿Hay algo de esto que no sea verdad?

Siervo — Dices verdades, aunque del tiempo antiguo.

Mensajero. — Di ahora: ¿recuerdas que me diste un niño a fin de que lo criara como hijo?

Siervo. — ¿Qué es esto? ¿Por qué me lo preguntas?

Mensajero. — Este es, amigo, el que entonces era un niño.

Siervo. — ¿No te irás a la ruina? ¿No callarás?

Edipo. — No le reprendas, viejo; son tus palabras más que las tuyas las que merecen reprensión.

Siervo. — ¿En qué yerro, mi querido señor?

Edipo. — No hablando de aquel niño por el que te pregunta.

Siervo. — Es que habla sin saber; pero se esfuerza en vano.

Edipo. — Veo que no hablarás por complacernos; lo habrás de hacer llorando.

Siervo. — No me des el tormento, soy un viejo!

Edipo. — ¡De prisa! ¡Que uno le ate las manos!

Siervo. — ¡Miserable de mí! ¿Por qué? ¿Qué deseas saber?

Edipo. — ¿Le diste el niño por el que pregunta?

Siervo. — Sí, se lo di; ¡ojalá hubiera muerto yo aquel día!

Edipo. — Ya te llegará eso, si no me dices la verdad.

Siervo. — Mucho más moriré si te la digo.

Edipo. — Este hombre nos está haciendo perder tiempo.

Siervo. — No es verdad; ya dije que lo di.

Edipo. — ¿Y de dónde te vino? ¿Era hijo tuyo o alguien te lo dio?

Siervo. — No era mío; lo recibí de alguien.

Edipo. — ¿De qué tebano? ¿De qué casa?

Siervo. — Por los dioses, señor, no me preguntes más,

Edipo. — Date por muerto, si me haces repetir esa pregunta.

Siervo. — Era un hijo... de la casa de Layo.

Edipo. — ¿Un esclavo? ¿O uno de su familia?

Siervo. — ¡Ay! ¡Estoy ante lo más horrible de decir!

Edipo. — Y yo de oír. Pero hay que oírlo, sin embargo.

Siervo. — Decían que era su hijo; pero tu mujer, que está ahí dentro, podría decir mejor si ello es así.

Edipo. — ¿Te lo dio ella?

Siervo. — Sí, rey.

Edipo. — ¿Y para qué?

Siervo. — Para matarle.

Edipo. — ¿Su hijo, la desgraciada?

Siervo. — Por miedo a oráculos infaustos.

Edipo. — ¿Cuáles?

Siervo. — Se dijo que mataría a su padre

Edipo. — ¿Y por qué se lo diste tú a este viejo?

Siervo. — Fue por piedad, señor, esperando que le llevara a otro país, al suyo; pero él le ha salvado para un destino infausto. Pues si eres ése de quien habla, sabe que has nacido infortunado.

Edipo. — ¡Dolor por mí! Todo está claro. ¡Oh, luz, ésta es la última vez que quiero verte, pues que todos han visto que he nacido de los que no debía, he tenido trato con los que no debía y que he matado a los que no debía!

Coro.

Estrofa 1

Generaciones de los hombres,
cómo os juzgo viviendo una vida que no es vida!
¿Pues quién, qué hombre obtiene
mayor felicidad
que la sola apariencia
y, luego ya, la muerte?
Delante de tu ejemplo y tu destino,
el tuyo, Edipo infortunado, a ningún hombre
considero feliz.

Antistrofa 1.

Él, más certero que ninguno,
lanzó su flecha y se hizo dueño de la más próspera
fortuna,
¡oh Zeus!, dando muerte
a la virgen con garras,
la cantora de enigmas, y la muerte de Tebas,
cual muralla, alejó. Tú desde entonces
eres rey nuestro y recibiste honor rigiendo a
Tebas gloriosa.

Estrofa 2.

Ahora, en cambio, ¿quién más triste que tú?
¿Quién en más infortunio, en más dolores
en el reverso de tu vida?
Dolor por el glorioso Edipo,
a quien un vasto puerto
ha bastado él solo

como hijo y como padre, ¡como esposo!
¿Cómo el campo sembrado por tu padre te pudo soportar
tanto tiempo en silencio, desgraciado?

Antístrofa 2.

Te ha descubierto el Tiempo omnividente;
ha juzgado a la boda que no es boda en que uno
mismo es padre e hijo.,
Dolor por ti, hijo de Layo.
¡Ojalá, ojalá nunca
te hubiera visto yo!
Es cual canto de duelo el que yo lanzo
de mi boca. Pues, por decir lo justo, tú me diste el
descanso, a ti debí el poder dormir mis ojos.

Mensajero 2°. — ¡Oh vosotros, los que más honra recibís en esta tierra, qué cosas vais a oír, cuáles a ver, qué duelo no tendréis si aún, como tebanos, os importa la familia de Lábdaco! Pues yo creo que ni el Istro ni el Fasis pueden purificar este palacio de los horrores que ahora guarda ni de los que mostrará a la luz, horrores voluntarios y no involuntarios. De las desgracias, son las que duelen más las de libre elección.

Corifeo. — Lo que ya conocíamos, no dejaba de merecer lamentación. A ello, ¿qué añades?

Mensajero 2°. — Para decirlo y que te enteres de la Forma más breve; ha muerto nuestra reina Yocasta.

Corifeo — ¡Infortunada! ¿Por qué causa?

Mensajero 2° — A manos de sí misma. De lo que sucedió, lo más penoso os falta, pues no lo contempláis. Con todo, en lo que alcanza mi memoria, te contaré la muerte de aquella desgraciada. Cuando, fuera de sí, atravesó el vestíbulo, marchó derecha a su lecho de esposa, arrancándose el cabello con los dedos de sus manos; y cuando entró, cerrando la puerta con violencia, invocó al viejo Layo, ahora un cadáver, y recordó su antigua unión por la cual él murió y dejó a la madre procreación infausta para sus propios hijos. Lloraba por su lecho, donde, dos veces desgraciada, dio a luz de un marido otro marido, e hijos de hijos. Cómo murió tras esto, no lo sé; entonces irrumpió gritando Edipo y por su causa no me fue posible contemplar la muerte de ella, sino que dirigimos las miradas a él, que iba de un lado a otro. Iba y venía reclamando una espada y preguntando dónde estaba su madre, doble campo en que nacieron él y sus hijos. Alguno de los dioses se la mostró al rey enloquecido; ninguno de los hombres que estábamos allí. Con un grito salvaje, cual si alguien le guiara, se lanzó contra la puerta de dos hojas y, arrancando los goznes de sus quicios, penetró en la alcoba; allí vimos ahorcada a su mujer, sujeta de

una soga oscilante. Al verla, con un grito de horror soltó la soga suspendida. Y cuando la infeliz yació en el suelo, fue terrible de ver lo que vino después. Quitó del vestido de ella un broche de oro con el que lo prendía, se hirió los ojos en sus cuencas gritando de este modo: que así no le verían los males que sufrió ni los que hizo, y que, en adelante, él vería en las tinieblas a los que no debía ver y no conocería a los que buscaba conocer. Con esta imprección, alzó la mano y golpeó sus ojos; y sus globos sangrientos mancharon sus mejillas. No dejaban correr gotas de sangre húmedas, sino que, a un tiempo, negra lluvia sangrienta, cual granizo, se derramó. Estos horrores han nacido de dos, no de uno solo; son comunes al marido y su esposa. Su antigua dicha era en un tiempo dicha verdadera; pero ahora en este día llanto, castigo, muerte, infamia, todos los nombres de los males, ninguno falta.

Corifeo. — ¿Y ahora, el desgraciado descansa de su mal?

Mensajero 2º — Nos pide abrir las puertas, nos pide que mostremos a los tebanos todos al parricida, al de su madre... —no puedo repetir esa palabra impura—; dice que va a desterrarse y que no se quedará maldito en el palacio, bajo su propia maldición. Mas necesita de alguien que le guíe: su mal no puede soportarse. Te lo hará ver a ti; se abren las puertas del palacio y vas a contemplar un espectáculo tal, que aun aquel que le odiara tendría piedad por él.

Corifeo. — ¡Oh infortunio de contemplar terrible,
de cuantos yo he encontrado el más terrible!
¿Qué locura ha hecho presa, oh desgraciado,
de ti? ¿Cuál es el dios que ha dado un salto
mayor que los más largos y ha caído
en tu destino infortunado!

¡Ay de ti, desgraciado!
No puedo ni mirarte, aun deseando
más cosas inquirir y preguntar,
más cosas ver.

Tal es el miedo que me causas,
Edipo. — ¡Ay, ay, oh, oh, desgraciado de mí!
¿Adónde voy el mísero? ¿Adónde
vuela mi voz llevada por el aire?
¡Destino mío, dónde has llegado!

Corifeo. — A algo terrible, que no se puede oír ni ver.

Estrofa 1.

Edipo. — ¡Ay de la oscuridad
nube mía que estremece,
que me envuelve indecible, invencible;
traída por viento de dolor!
¡Ay, ay!

¡Ay otra vez! ¡Cuál me atraviesa a un mismo tiempo
el dolor de la herida y el terrible recuerdo!.

Corifeo. — Nada de extraño tiene que en estos infortunios llores dobles dolores y sufras dobles males.

Antístrofa 1.

Edipo. — ¡Ay, ay, amigo mío!
Tú eres aún mi amigo fiel, pues todavía
te quedas a mi lado y te cuidas de mí.

¡Ay, ay!

No te me ocultas, pues que conozco claramente,
aunque ahora yo esté ciego, por lo menos tu voz.

Corifeo. — Hiciste algo terrible. ¿Cómo osaste tus ojos así apagar? ¿Cuál de los dioses te incitó?

Estrofa 2.

Edipo. — Fue Apolo, amigos míos, fue Apolo el que estos males, estos mis males trajo, estos mis sufrimientos. Mas nadie hirió mis ojos más que yo, el desgraciado. ¿Por qué debía ver yo, que nada dulce ver podría con mi mirada?

Corifeo. — Así era cual tú dices.

Edipo. — ¿A quién podría yo ver
o amar u oír con placer cuando me hablara, amigos?
Llevadme cuanto antes de aquí lejos,
llevadme, mis amigos, pues soy el gran culpable,
el más maldito soy y, además, por los dioses
el más odiado de los hombres.

Corifeo. — ¡Triste de ti, pues que conoces tu infortunio! ¡Cómo hubiera querido no haberte conocido!

Antístrofa 2.

Edipo. — Muriera el que quitó la cruel atadura
de mis pies en el monte y así de aquella muerte
me libró y me salvó. Favor que no agradezco.
Si hubiera muerto entonces,
no sería un tal dolor para mí y mis amigos.

Corifeo. — Eso hubiese querido.

Edipo. — No habría sido asesino
de mi padre, ni esposo
de la que me dio el ser.

Ahora soy un maldito de los dioses,
hijo de madre impura y esposo de mi madre.
Y si hay un infortunio que sea mayor que otro,
a Edipo en suerte ése ha tocado.

Corifeo. — No puedo yo decirte que obraras cuerdamente, pues te sería mejor no ser que vivir ciego.

Edipo. — No me enseñes que no es lo mejor esto que he hecho ni me des más consejos. Porque no sé con qué ojos mirando hubiera contemplado a mi padre, cuando, muriendo, llegase a la mansión de Hades, ni tampoco a mi madre desdichada, pues con ambos he realizado crímenes que no se pagan con la horca. ¿Y acaso era deseable la vista de mis hijos, nacidos cual nacieron? No con mis ojos; ni la ciudad, ni sus murallas, ni las estatuas de los dioses; de todas estas cosas yo, el más noble de los hijos de Tebas, me he privado a mí mismo al decir yo mismo que todos se apartaran del impío, del que los dioses han declarado impuro y de la raza de Layo. Tras dejar ver en mí esta mancha, ¿podría mirarlos de frente con mis ojos? Jamás; y si pudiera cerrarse la fuente del oír, que fluye en los oídos, no hubiera yo dejado de cerrar a ella mi cuerpo a fin de convertirme en ciego y sordo; pues es dulce que el pensamiento viva apartado de los males. ¡Oh Citerón! ¿Por qué me recibiste? ¿Por qué no me mataste al punto, a fin de no mostrar ante los hombres de quién había nacido? ¡Oh Pólipo y Corinto, y el que decían viejo palacio de mis padres, cuál me criasteis: una bella apariencia que ocultaba, como una cicatriz cerrada en falso, cosas infaustas! Ahora soy un impuro hijo de impuros. ¡Oh encrucijada, valle oculto, encinar, angostura del camino que bebisteis la sangre de mi padre, la mía, de mis manos!

¿Recordáis acaso qué cosas hice ante vosotros y cuáles hice luego aquí viniendo? Oh boda, boda, me diste el ser y luego me diste hijos a mí y diste a luz padres, hermanos, hijos, sangre de familia, desposadas, mujeres, madres y cuántas cosas más vergonzosas tienen lugar entre los hombres! Mas no está bien decir lo que no lo está hacer; llevadme fuera, por los dioses, y escondedme o matadme o arrojadme a la mar, allí donde no volváis a verme. Acercaos, dignaos tocar a un hombre desgraciado; prestadme oído, no temáis, pues mis desgracias ninguno de los hombres, salvo yo, puede sufrirlas.

Corifeo. — Con oportunidad respecto a lo que pides, aquí llega Creonte para obrar y resolver, pues él solo ha quedado cual guardián del país en tu lugar.

Edipo. — ¡Ay! ¿Qué palabras le diré? ¿Qué podré hacer para inspirarle confianza? Porque antes he resultado injusto en todo contra él.

Creonte. — Edipo, no he venido a mofarme de ti, ni tampoco a injuriarte por tus faltas. Pero si no tenéis respeto a los hijos de los hombres, reverenciad al menos la llama del rey Helios, que todo lo alimenta; no dejéis ver así, al descubierto, a este ser impuro, pues ni la tierra, ni la lluvia sagrada, ni la luz le sufren. Metedle presto en el palacio; pues solo la familia puede, sin faltar a la piedad, ver y escuchar los males de los suyos.

Edipo. — Por los dioses, puesto que me has quitado mi temor viniendo, tú el más noble, a mí, el más vil, concédeme una gracia; pues es en tu favor, no en el mío.

Creonte. — ¿Qué quieres obtener de mí?

Edipo. — Échame pronto del país, donde no pueda hablarme ninguno de los hombres.

Creonte. — Lo hubiera hecho ya, sábelo bien, si no quisiera preguntar al dios qué debe hacerse.

Edipo. — Ya se nos dijo su respuesta: que pereciese el parricida, yo, el hombre impuro.

Creonte. — Así se dijo; sin embargo, en esta situación, es preferible preguntarle qué hay que hacer.

Edipo. — Así, ¿vais a pedirle una respuesta sobre un infortunado como yo?

Creonte. — Sí; tú ahora creerás al dios, seguramente.

Edipo. — Sí; y te encomiendo y te suplico que entierres en la forma que quieras a la que está en la casa; pues con justicia puedes disponer el entierro de los tuyos. En cuanto a mí, jamás esta ciudad, cuna de mi familia, me cuente entre sus habitantes; deja que viva en las montañas, donde está el Citerón que llaman mío, que mi madre y mi padre me destinaron en vida cual mi tumba, para que muera según la voluntad de los que quisieron darme muerte. Mas, sin embargo, estoy seguro de esto: de que jamás pudo darme la muerte ni una enfermedad ni otra cosa alguna; pues habría muerto y no me habría salvado para una suerte tan cruel. Mas ea, cúmplase mi destino, sea cualquiera. De mis hijos varones no te cuides, Creonte; son hombres, de forma que no carecerán, dondequiera que estén, de recursos de vida. Cuídame, en cambio, de mis pobres niñas; jamás mi mesa, en la comida, ha estado sin ellas; y cuanto yo tocaba, de ello tenían su parte. Déjame que las toque con mis manos y lllore mi desdicha. ¡Ea, rey, ea, noble de nacimiento! Si las toco con las manos, creeré tenerlas, como cuando veía. ¿Qué digo? ¿No escucho a mis niñas queridas que lloran y Creonte, por piedad, me envió a las más queridas de entre mis hijos? ¿Digo verdad?

Creonte. — La dices; yo he dispuesto esto así, conociendo el placer que tendrías, el que tuviste siempre.

Edipo. — Que seas feliz y que en este camino te guarde un dios mejor que el que me guardó a mí. ¿Dónde estáis, hijas mías? Llegaos a mí, venid a éstas mis manos hermanas vuestras, que os han hecho el presente de que veáis así estos ojos, antes brillantes, del padre que os dio el ser; del que, mis hijas, sin verlo ni saberlo, he resultado padre vuestro e hijo de vuestra madre. Mi llanto es por vosotras —no puedo veros—; pienso en el resto de vuestra vida amarga, la que los hombres os harán vivir. ¿A qué reunión con las otras mujeres, a qué fiestas iréis de donde no volváis llenas de lágrimas en lugar de enteraros y ver?

Y cuando os llegue el tiempo de la boda, ¿quién será él? ¿Quién va a desafiar tales infamias, ruina para mis hijos y los vuestros? Pues ¿qué desgracia falta? Vuestro padre dio muerte al suyo; y tuvo hijos de aquella que le dio a luz y os engendró en aquella de la que él nació. Tales infamias os echarán en cara: ¿quién será el que se case con vosotras? No existe, hijas; sino que, sin duda, os espera morir solteras y sin boda. ¡Hijo de Meneceo, puesto que eres el solo padre que les queda, pues nosotros, sus padres, hemos muerto, no dejes que marchen al azar como mendigas, sin marido, ellas que son de tu familia! ¡No las iguales a mi miseria! ¡Compadécete de ellas al verlas aún niñas sin ayuda de nadie salvo tú! ¡Dime que sí, Creonte generoso, ofreciéndome tu mano! A vosotras, mis niñas, si tuvierais ya discernimiento, yo os daría muchos consejos; pero ahora, haced conmigo esta plegaria: vivir donde el azar os lleve y encontrar mejor vida que el padre que os dio el ser.

Creonte. — Ya son bastantes lágrimas; entra dentro.

Edipo. — Fuerza es obedecer, aunque no lo deseo.

Creonte. — Todo es bueno en su tiempo.

Edipo. — ¿Sabéis a qué precio entraré?

Creonte. — Dilo, y entonces lo sabré.

Edipo. — Al del destierro.

Creonte. — Me pides algo que depende del dios.

Edipo. — Yo soy el más odiado por los dioses.

Creonte. — Bien; lo conseguirás.

Edipo. — ¿Dices que sí?

Creonte. — Lo que no pienso no acostumbro decirlo.

Edipo. — Llévame ya.

Creonte. — Echa a andar; suelta a las niñas.

Edipo. — No me las quites.

Creonte. — No quieras tener poder en todo; pues que las cosas en que lo tuviste no te han seguido a lo largo de la vida.

Coro.

Habitantes de Tebas, mirad: éste es Edipo.

Descifrador de enigmas y hombre el más poderoso,
todos a su fortuna miraban con envidia.

¡Ved ahora a qué ola llegado ha de infortunio!

No juzguéis, pues, dichoso a otro mortal alguno
que no haya aún contemplado aquel último día
en tanto no termine su vida sin dolor.

Matemática

Decidir... ¿qué variables considerar?

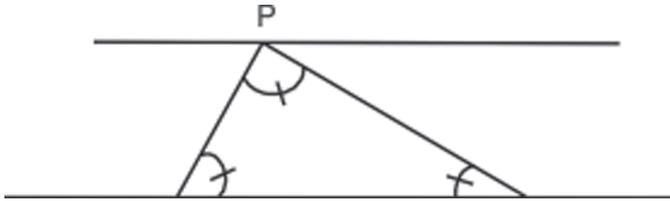
Geometría no euclídea

John Allen Paulos

En la confusión de propiedades relativas a los triángulos y paralelogramos, semejanza y congruencia, áreas y perímetros, se olvida a veces el carácter deductivo de la geometría. Muchas de esas propiedades fueron descubiertas por los egipcios y los antiguos babilonios a partir de rutinas prácticas de la agrimensura, el comercio y la arquitectura. Los griegos demostraron que todas podían deducirse a partir de unas pocas de ellas. Es fácil formular la idea fundamental. Se escogen algunas suposiciones geométricas “evidentes” que se llaman axiomas y a partir de ellas se deducen, con la única ayuda de la lógica, toda una serie de enunciados geométricos que se llaman teoremas. En su tratamiento del tema, Euclides escogió cinco axiomas (en realidad son diez, pero sólo cinco de ellos eran geométricos) y dedujo el bello y prestigioso cuerpo de teoremas que se conoce como geometría euclídea. (Véase la entrada acerca del Teorema de Pitágoras).

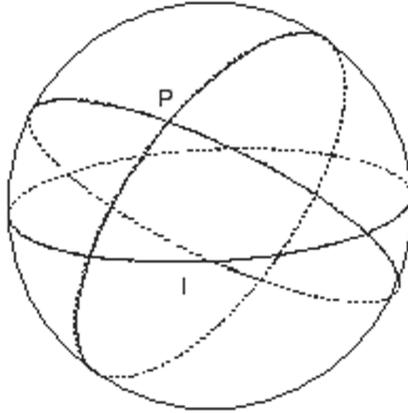
Uno de los cinco axiomas de Euclides es el conocido como postulado de las paralelas. Decía (y sigue diciendo) que por un punto exterior a una recta dada se puede trazar una recta paralela a la dada, y sólo una. Una conocida consecuencia del postulado de las paralelas es el teorema que dice que la suma de los ángulos interiores de un triángulo es siempre 180° .

Como no parecía tan intuitivo como los otros cuatro axiomas, a lo largo de la historia los matemáticos han tratado esporádicamente de deducirlo a partir de ellos. Se inventaron todos los métodos que uno pueda imaginar pero nunca dieron con una demostración. Este fracaso, unido a la naturalidad de los otros axiomas, parecía conferir a la geometría euclídea un cierto carácter absoluto. A lo largo de un par de milenios reinó como un monumento al sentido común y la verdad eterna. Immanuel Kant llegó a decir incluso que la gente sólo podía pensar el espacio en términos euclídeos. Por fin, en el siglo XIX los matemáticos János Bolyai, Nicolai Lobachevski y Karl Friedrich Gauss se dieron cuenta de que el quinto postulado de Euclides es independiente de los otros cuatro y no se puede deducir de ellos. Es más, comprendieron que se puede sustituir el quinto postulado por su contrario y tener también un sistema geométrico consistente.



La suma de los ángulos de un triángulo es 180° . Por P pasa una recta paralela a 1, y una sola

Para ver esto, obsérvese que es perfectamente posible interpretar los términos fundamentales de la geometría de un modo completamente distinto sin salirse, no obstante, de los límites de la lógica más estricta. Exactamente igual que “todos los A son B y C es un A, luego C es un B” nos sirve de justificación para los argumentos más dispares, según sean las interpretaciones de A, B y C, también los términos de la geometría euclídea se pueden interpretar de un modo nada convencional sin dejar de llevarnos a teoremas válidos. Por ejemplo, en vez de las interpretaciones habituales podemos llamar “plano” a la superficie de una esfera, “punto” a un punto sobre una esfera y “línea recta” a los círculos máximos de la esfera (cualquier arco de circunferencia alrededor de la esfera que la divide en dos mitades). Si adoptamos estos significados, la “línea recta” sigue siendo el camino más corto entre dos puntos (sobre la superficie de la esfera) y tenemos una interpretación de la geometría que cumple todos los axiomas de Euclides excepto el postulado de las paralelas. También se cumplen todos los teoremas deducibles a partir de estos cuatro axiomas. Comprobando los axiomas, observamos que por dos “puntos” cualesquiera pasa una “línea recta”, pues dados dos puntos cualesquiera sobre la superficie de una esfera hay un círculo máximo que pasa por ellos. (Nótese que el círculo máximo que pasa por Los Ángeles y Jerusalén cruza por Groenlandia y es la distancia más corta entre ambas ciudades). Dado un “punto” y una distancia cualesquiera, hay un “círculo” sobre la superficie de la esfera con centro en ese punto y cuyo radio es esa distancia (que no es más que un círculo normal sobre la superficie de la esfera). Y también, dos “ángulos rectos” cualesquiera son iguales, y cualquier “segmento de recta” (un pedazo de círculo máximo) se puede prolongar indefinidamente.



No hay ninguna "línea recta" paralela a la "línea recta" l que pase por P .
En esta interpretación se cumplen todos los demás axiomas de Euclides



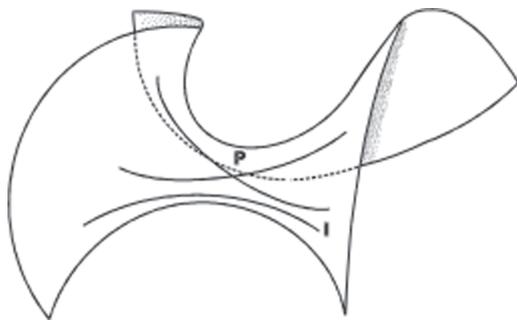
Los "segmentos de recta" que unen Kenia, Ecuador y el Polo Norte forman un "triángulo" cuyos ángulos suman más de 180°

Sin embargo, el axioma de las paralelas no es válido en esta interpretación particular de los términos, pues dada una "línea recta" y un punto exterior a ella, no hay ninguna "línea recta" paralela a la dada que pase por dicho punto. A modo de ejemplo, tomemos el ecuador como la "línea recta" y la Casa Blanca en Washington como "punto" exterior a la misma. Cualquier "línea recta" que pase por la Casa Blanca será un círculo máximo que divida la Tierra en dos mitades y, por tanto, cortará necesariamente el ecuador, con lo que no podrá serle paralela. Otra anomalía de esta interpretación es que la suma de los ángu-

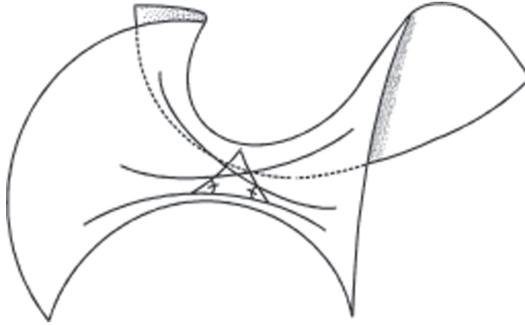
los de un triángulo es siempre mayor que 180° . Para demostrarlo, podemos sumar los ángulos del “triángulo” formado por la parte del ecuador comprendida entre Kenia y Ecuador y los “segmentos de recta” que unen “puntos” de estos países con el Polo Norte. El triángulo esférico así formado tiene dos ángulos rectos en el ecuador.

Hay otras interpretaciones no estándar de los términos “punto”, “recta” y “distancia” en los que son válidos los cuatro primeros axiomas de la geometría euclídea y el postulado de las paralelas es falso, aunque por otro motivo: por un punto exterior a una recta dada hay más de una paralela. En estos modelos (que podrían consistir, por ejemplo, en superficies en forma de silla de montar) la suma de los ángulos de un triángulo es menor que 180° . El matemático alemán Bernhard Riemann concibió superficies más generales todavía y geometrías en las que el concepto de distancia varía de un punto a otro de un modo parecido a como le ocurre a un viajero que se mueve por un terreno muy irregular y accidentado.

Cualquier modelo que, por la razón que sea, no cumpla el postulado de las paralelas se dice que es un modelo de geometría no euclídea. Cada una de las geometrías presentadas es un conjunto consistente de proposiciones (exactamente igual que las constituciones de distintas naciones son diferentes conjuntos de leyes consistentes entre sí). Cuál de ellas es la verdadera en el mundo real es una cuestión que depende de qué significado físico demos a los términos “punto” y “recta”, y se trata de una cuestión empírica que se ha de dilucidar mediante la observación y no por proclamas de salón. Localmente al menos, el espacio parece tan euclídeo como un campo de maíz de Iowa, pero como ya han descubierto los partidarios de la tierra plana de cualquier parte del mundo, es peligroso extrapolar demasiado lejos la propia estrechez de miras. Si tomamos la trayectoria de un rayo de luz como interpretación de línea recta, obtenemos una geometría física no euclídea.



Si en esta superficie en forma de silla de montar interpretamos “línea recta” como la distancia más corta entre dos puntos, son válidos todos los axiomas de la geometría euclídea excepto el postulado de las paralelas. Por P pasa más de una paralela a I



Los ángulos de un triángulo sobre esta superficie suman menos de 180°

Para terminar, me gusta pensar en el descubrimiento de la geometría no euclídea como una especie de chiste matemático –chiste que Kant no entendió. Muchos acertijos y chistes son de la forma “¿Qué tiene esta propiedad, aquélla y la de más allá?”. Al oírlos, la respuesta que se le ocurre a uno inmediatamente es completamente distinta de la interpretación inesperada de las condiciones que constituye la esencia del chiste. Así ocurre con la geometría no euclídea. En vez de “¿Qué es negro, blanco y rojo por todas partes?” tenemos “¿Qué cumple los primeros cuatro axiomas de Euclides?”. La nueva esencia de este chiste nos la dieron Bolyai, Lobachevski y Gauss: grandes humoristas del Club Universo.

Distintos tipos de infinito

Adrián Paenza

Contar

Un niño, desde muy pequeño, sabe contar. Pero ¿qué quiere decir *contar*? En realidad, dado un conjunto de objetos cualquiera, digamos los discos que alguien tiene en su colección, ¿cómo hace para saber cuántos tiene? La respuesta parece obvia (y en realidad, parece porque lo es). Pero quiero contestarla. La respuesta es: para saber cuántos discos tiene uno en su colección, lo que tiene que hacer es ir y contarlos.

De acuerdo. Es un paso que había que dar. Pero ¿qué quiere decir contar? Van al sitio donde tienen guardados los discos y empiezan: 1, 2, 3, ... etcétera.

Pero:

- a) Para poder contar se necesita conocer los números (en este caso, los números naturales).
- b) Los números que usamos están ordenados, pero a nosotros *el orden no nos interesa*. ¿Se entiende esto? A ustedes sólo les importa saber *cuántos tienen* y no en qué orden está cada uno. Si yo les pidiera que los *ordenaran por preferencia*, entonces sí importaría el orden. Pero para saber cuántos hay, el orden es irrelevante.
- c) Ustedes saben que el proceso termina. Es decir, su colección de discos, por más grande que sea, en algún momento se termina.

Ahora supongamos que estamos dentro de un cine. Todavía no ha llegado nadie para presenciar la próxima función. Sabemos que hay mucha gente en la calle haciendo cola y esperando que se abran las puertas.

¿Cómo haríamos para saber si las butacas que tiene el cine alcanzarán para poder sentar a las personas que esperan afuera? O, en todo caso, ¿cómo haríamos para saber si hay más butacas que personas, o más personas que butacas, o si hay la misma cantidad? Evidentemente, la respuesta inmediata que todo el mundo está tentado a dar es: “Vea. Yo cuento las butacas que hay. Después cuento las personas. Y para terminar el proceso, comparo los números”.

Pero eso requiere *contar dos conjuntos*. Es decir: hay que *contar las butacas y luego (o antes) hay que contar las personas*.

¿Es necesario *saber contar* para poder contestar si hay más butacas que personas, o personas que butacas o la misma cantidad? La respuesta que podríamos dar es la siguiente: abramos las puertas del cine, permitamos a la gente que entre y se siente en el lugar que quiera, y cuando el proceso termine, repito, *cuando el proceso termine* (ya que tanto las butacas como las personas *son conjuntos finitos*), nos fijamos si quedan butacas vacías; eso significa que había más butacas que personas. Si hay gente parada sin asiento (no se permite más de un asiento por persona), entonces había más gente que lugar. Y si no sobra ninguna butaca y nadie está parado, eso quiere decir que había el *mismo número de butacas que de personas*. Pero lo notable de esto es que uno puede dar la respuesta sin necesidad de haber contado.

Sin necesidad de saber cuál es ni el número de personas ni el número de butacas.

Éste no es un dato menor en este contexto: lo que uno está haciendo es *aparear* a los dos conjuntos. Es como si tuviéramos dos bolsas: una en donde están las personas y otra en donde están las butacas. Y lo que hacemos es trazar “flechitas” que le “asignen” a cada persona una butaca. Sería el equivalente a cuando uno compra una entrada en el cine. Si sobran entradas o si faltan entradas o si hay la misma cantidad, es en realidad una manera de haber trazado las flechitas. Pero lo bueno de este proceso es que no hace falta saber contar.

El segundo paso importante es que cuando yo quiera comparar el número de elementos de dos conjuntos, no necesito saber contar. Lo que tengo que hacer es *aparearlos*, establecer *flechitas* entre uno y otro.

Sólo para ponernos de acuerdo con las notaciones, vamos a llamar *cardinal* de un conjunto A (y lo vamos a *notar* $\#A$) al *número de elementos de ese conjunto*.

Por ejemplo,

- (el cardinal del conjunto “jugadores titulares de un equipo de fútbol profesional”) = $\# \{\text{jugadores titulares de un equipo de fútbol profesional}\} = 11$,
- (el cardinal del conjunto “presidentes de la nación”) = $\# \{\text{presidentes de la nación}\} = 1$,
- (el cardinal del conjunto “universidades nacionales en la argentina”) = $\# \{\text{universidades nacionales en la argentina}\} = 36$,
- (el cardinal del conjunto “puntos cardinales”) = $\# \{\text{puntos cardinales}\} = 4$.

Como hemos visto, si queremos *comparar los cardinales de dos conjuntos* no hace falta *saber el cardinal de cada uno para saber cuál es el más grande o si son iguales*. Basta con aparear los elementos de cada uno. Debe quedar claro, entonces, que para comparar cardinales uno se *libera* del proceso de contar. Y esto será

muy importante cuando tengamos que “generalizar” la noción de contar, justamente.

Una última observación antes de pasar a los conjuntos infinitos. Los números naturales son los conocidos e hiper mencionados en este libro:

$$\mathbb{N} = \{1, 2, 3, 4, 5, \dots\}$$

Vamos a llamar *segmento de los naturales de longitud n al subconjunto* $1, 2, 3, \dots, (n-2), (n-1), n$. A este segmento lo vamos a denotar $[1, n]$.

Por ejemplo, el *segmento natural de longitud cinco*,

$$[1, 5] = \{1, 2, 3, 4, 5\}$$

$$[1, 35] = \{1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, \dots, 30, 31, 32, 33, 34, 35\}$$

$$[1, 2] = \{1, 2\}$$

$$[1, 1] = \{1\}$$

Creo que se entiende entonces que todos estos “segmentos naturales” o “segmentos de números naturales” comienzan con el número uno; la definición entonces es:

$$[1, n] = \{1, 2, 3, 4, 5, \dots, (n-3), (n-2), (n-1), n\}.$$

En realidad podemos decir que *contar los elementos de un conjunto finito* significa “aparear” o *coordinar* o “poner las flechitas” entre los elementos del conjunto que nos dieron y algún *segmento natural*. Dependiendo del n vamos a decir que el conjunto tiene *cardinal n*. O, lo que es lo mismo, vamos a decir que el conjunto tiene n elementos.

Una vez entendido esto, ya sabemos entonces lo que son los conjuntos *finitos*. Lo bueno es que también podemos aprovecharnos de esta definición para entender lo que significa un conjunto *infinito*.

¿Qué definición dar? Intuitivamente, y antes de que yo escriba una definición tentativa, piensen un instante: ¿cuándo dirían que un conjunto es infinito? Y por otro lado, cuando piensan en esa definición, ¿en qué conjunto piensan?, ¿qué ejemplo tienen a mano?

La definición que voy a dar de conjunto *infinito* les va a parecer sorprendente, pero lo curioso es que es la más obvia: vamos a decir que un conjunto

¹ El conjunto vacío es el único que tiene “cardinal” cero. Esto, para salvar el “bache” lógico que se generaría, ya que como el “conjunto vacío” no se puede “aparear” con ningún segmento natural, entonces, no sería “finito”. Luego, sería “infinito”. Ese obstáculo lógico se salva o bien excluyendo al “vacío” de la discusión o bien, como elijo hacer, diciendo que el “conjunto vacío” es el único que tiene “cardinal cero”.

es *infinito* si no es finito. ¿Qué quiere decir esto? Que si nos dan un conjunto A y nos piden que decidamos si es finito o infinito, lo que uno tiene que tratar de hacer es buscar un *segmento natural para coordinarlo o aparearlo con él*. Si uno encuentra algún *número natural* n , de manera tal que el segmento $[1, n]$ y el conjunto A se pueden aparear, uno tiene la respuesta: el conjunto *es finito*. Pero, si por más que uno trate, no puede encontrar el tal segmento natural, o lo que es lo mismo, cualquier segmento natural que uno busca siempre se queda *corto*, entonces es porque el conjunto A es *infinito*.

Ejemplos de conjuntos infinitos:

- a) Los números naturales (todos)
- b) Los números pares
- c) Los números múltiplos de cinco
- d) Los puntos de un segmento
- e) Los puntos de un triángulo
- f) Los números *que no son múltiplos de 7*.

Los invito a que busquen otros ejemplos.¹

Hablemos ahora un poco de los conjuntos infinitos. En este mismo libro hay varios ejemplos (hotel de Hilbert, cantidad y distribución de los números primos) que atentan contra la intuición. Y eso es maravilloso: la intuición, como cualquier otra cosa, *se desarrolla, se mejora*. Uno *intuye distinto* cuanto más datos tiene. Cuanto más acostumbrado está a pensar en cosas diferentes, *mejor se prepara para tener ideas nuevas*.

Agárrense fuerte entonces, porque empezamos ahora un viaje por el mundo de los conjuntos *infinitos*. Abróchense el cinturón y prepárense para pensar distinto.

Problema

Unos párrafos más arriba vimos cómo hacer para decidir cuál de dos conjuntos tiene más elementos (o si tienen el mismo cardinal). Decimos, para fijar las ideas, que dos conjuntos son coordinables si tienen el mismo cardinal. O sea, si tienen el mismo número de elementos. Como vimos, ya no necesitamos contar en el sentido clásico. Por ejemplo, el conjunto de todos los números naturales sabemos que es un conjunto infinito.

¿Qué pasará con los números pares? Les propongo que hagan el ejercicio de demostrar que también son infinitos, o lo que es lo mismo, los números pares son un conjunto infinito.

Pero la pregunta cuya respuesta parece atentar contra la intuición es la siguiente: si N son todos los números y P son los números pares, ¿en qué conjunto hay más elementos? Yo sé que esto invita a una respuesta inmediata (todos los números tienen que ser más, porque los números pares están contenidos entre todos). Pero esta respuesta está basada en algo que no sabemos más si es cierto para conjuntos infinitos: ¿es verdad que por el simple hecho de que los pares forman parte de todos los números entonces son menos?

¿Por qué no tratamos de ver si podemos usar lo que aprendimos en el ejemplo de las butacas y las personas? ¿Qué habría que hacer? Deberíamos tratar de coordinar o aparear o unir con flechitas a todos los números y a los números pares. Eso nos va a dar la respuesta correcta.

Veamos. De un lado, en una bolsa, están todos los números naturales, los que forman el conjunto N . Del otro lado, en otra bolsa, están los números pares, los que forman el conjunto P .

Si yo hago la siguiente asignación (teniendo en cuenta que a la izquierda están los números del conjunto N y a la derecha, los elementos del conjunto P):

1 “ 2

2 “ 4

3 “ 6

4 “ 8

5 “ 10

6 “ 12

7 “ 14

(¿Entienden lo que estoy haciendo? Estamos asignando a cada número de N un número de P)

Es decir, a cada número de la izquierda, le hacemos corresponder *su doble*. Si siguiéramos así, al número n le hacemos corresponder el número $2n$. Por ejemplo, al número 103 le corresponde el 206. Al número 1.751, le corresponde el 3.502, etcétera.

Ahora bien: ¿está claro que a todo número de la izquierda le corresponde

² Es más: en algunos libros se da como *definición de conjunto infinito* a un conjunto que tiene subconjuntos propios (o sea, que no *son todo el conjunto*) coordinables con el *todo*.

un número de la derecha? ¿Y que cada número de la derecha es par? ¿Y está claro también que a cada número par (de la derecha) le corresponde un número de la izquierda (justamente la mitad)? ¿Queda claro que hay una correspondencia biunívoca o una coordinación entre ambos conjuntos? ¿Queda claro que este proceso muestra que *hay la misma cantidad de números naturales que de números pares*? Esta afirmación es algo que en principio atenta contra la intuición. Pero es así. Liberados del problema de tener que contar, ya que en este caso no podríamos hacerlo porque el proceso no terminaría nunca en la medida en que los conjuntos son infinitos, lo que acabamos de hacer es mostrar que N y P son coordinables. O sea, que tienen el mismo número de elementos.

En el camino queda destruido un argumento que sólo es válido para conjuntos finitos: *aunque un conjunto esté contenido en otro, eso no significa que por eso tenga menos elementos*. Para conjuntos infinitos, eso no necesariamente es cierto, como acabamos de ver en el ejemplo de todos los números y los números pares.²

Éste es ya un juguete nuevo. Con esto podemos divertirnos un rato y empezar a preguntar: ¿y los impares? Bueno, supongo que cualquiera que haya seguido el argumento de los párrafos anteriores está en condiciones de decir que también hay tantos impares como números todos. Y por supuesto que hay tantos impares como pares.

A esta altura, conviene que diga que al *cardinal* de estos conjuntos infinitos que vimos hasta acá (naturales, pares, impares), se lo llama “aleph cero”. (Aleph es la primera letra del alfabeto hebreo, y aleph cero es la notación que se usa universalmente para *indicar el número de elementos de conjuntos infinitos coordinables con el conjunto de los números naturales*).

¿Qué pasará ahora si consideramos los números enteros? Recuerden que los números enteros son *todos los naturales*, pero a los que se les agregan *el cero y todos los números negativos*. A los enteros se los denomina con la letra Z (del alemán Zahl) y son:

$$\{\dots -5, -4, -3, -2, -1, 0, 1, 2, 3, 4, 5, \dots\}$$

Está claro, entonces, que los enteros forman un conjunto infinito. De paso, es bueno observar que si un conjunto contiene como *subconjunto* a un conjunto infinito, éste tiene que ser infinito también (¿no les dan ganas de pensarlo solos?).

Pero volvamos al problema original. ¿Qué pasa con Z? Es decir, ¿qué pasa con los enteros? ¿Son más que los naturales?

Para mostrar que el cardinal de ambos conjuntos es el mismo, lo que tenemos que hacer es encontrar una correspondencia biunívoca (es decir, flechitas que salgan de un conjunto y lleguen al otro sin dejar “libre” ningún elemento de ninguno de los dos conjuntos).

Hagamos las siguientes asignaciones:

Al 0 le asignamos el 1

Al -1 le asignamos el 2

Al +1 le asignamos el 3

Al -2 le asignamos el 4

Al +2 le asignamos el 5

Al -3 le asignamos el 6

Al +3 le asignamos el 7

Y así podremos asignarle a *cada número entero* un número natural. Está claro que no quedará ningún entero sin que le corresponda un natural, ni recíprocamente, ningún natural sin que tenga un entero asignado a su vez. Es decir, hemos comprobado con esto *que el conjunto Z* de los números enteros *y el conjunto N* de los números naturales tienen el mismo cardinal. Ambos tienen cardinal aleph cero. Es decir, los enteros y naturales tienen la misma cantidad de elementos.

Como ejercicio, los invito a que prueben que también tienen cardinal aleph cero (y por lo tanto tienen la misma cantidad de elementos que los enteros o los naturales) los números múltiplos de cinco, las potencias de dos, de tres, etcétera. Si llegaron hasta acá y todavía están interesados, no dejen de pensar los distintos casos y cómo encontrar la *correspondencia* que demuestra que todos estos conjuntos (aunque parezca que no) tienen todos el mismo cardinal.

Ahora peguemos un pequeño salto de calidad. Consideremos los *números racionales*, que llevan el nombre de Q (por “quotient”, o “cociente” en inglés). Un número se llama *racional* si es el cociente de dos números enteros: a/b (excluyendo el caso, obviamente, en que b sea cero). Ya sabemos, como hemos visto en otra parte del libro, *que no se puede dividir por cero*.

En realidad, los números racionales son los que se conocen como “las fracciones”, con numerador y denominador números enteros. Por ejemplo, $(-7/3)$, $(17/5)$, $(1/2)$, 7, son números racionales. Es interesante notar, que cualquier número entero *es también un número racional*, porque todo número entero a se puede escribir como una fracción o como cociente de él mismo por 1. O sea:

$$a = a/1$$

Lo interesante es tratar de ver que, aunque *parezcan muchísimos más, los racionales también tienen a aleph cero como cardinal*. O sea, también son coordinables con los naturales. Así, en el lenguaje común (que es el útil), *hay tantos racionales como naturales*.

La demostración es interesante porque lo que vamos a hacer es una asignación que irá en espiral. Ya se va a entender.

Hacemos así:

Al 0 le asignamos el 1
Al $1/1$ le asignamos el 2
Al $1/2$ le asignamos el 3
Al $2/1$ le asignamos el 4
Al $2/2$ le asignamos el 5
Al $3/1$ le asignamos el 6
Al $3/2$ le asignamos el 7
Al $3/3$ le asignamos el 8
Al $4/1$ le asignamos el 9
Al $4/2$ le asignamos el 10
Al $4/3$ le asignamos el 11
Al $4/4$ le asignamos el 12
Al $5/1$ le asignamos el 13
Al $5/2$ le asignamos el 14
...

Como se ve, a cada número racional *no negativo* (o sea, mayor o igual que cero) le asignamos un número natural. Esta asignación es biunívoca, en el sentido de que a todo racional le corresponde un natural y viceversa. La única observación que habría que considerar es que hice todo esto para los racionales positivos. Si uno quiere agregar los negativos, la asignación *debe* ser diferente, pero creo que el lector sabrá ingeniarse para hacerla (en todo caso, en la página de soluciones hay una propuesta para hacerlo).

Una observación que surge es que en la columna de la izquierda yo estoy *pasando* varias veces por el mismo número. Por ejemplo, el 1 en la columna de la izquierda aparece como $1/1$, $2/2$, $3/3$, $4/4$, etcétera; o sea, aparece muchas veces. ¿Afecta esto la cardinalidad? Al contrario. En todo caso, si uno tiene que conjeturar algo a priori, es que el conjunto de los racionales *parece tener más elementos* que los naturales y, sin embargo, la asignación que acabo de ofrecer muestra *que tienen el mismo cardinal*. En todo caso, muestra que a pesar de repetir varias veces el mismo racional, sigue habiendo naturales para todos ellos. Lo cual es un hecho francamente notable y antiintuitivo.

Y ahora llegamos al punto central. La pregunta que uno tiene que hacerse es la siguiente: da la sensación de que *todos los conjuntos infinitos tienen el mismo cardinal*. Es decir, hemos revisado los naturales, los pares, los impares, los enteros, los racionales, etcétera. *Todos* los ejemplos que hemos visto de conjuntos infinitos resultaron ser coordinables a los naturales, o lo que es lo mismo, tienen todos el mismo cardinal: aleph cero.

Con todo derecho, entonces, uno podría decir: “Bueno. Ya sabemos cuáles son los conjuntos infinitos. Habrá muchos o pocos, pero todos tienen el mismo cardinal”. Y aquí es donde aparece un punto central en la teoría de conjuntos. Hubo un señor que hace muchos años, alrededor de 1880, se tropezó con un problema. Tratando de demostrar que todos los conjuntos infinitos tenían el mismo cardinal, encontró uno que no. El señor, por más esfuerzos que hacía por encontrar “las flechitas” para poder coordinar *su conjunto* con los números naturales, *no podía*. Tal era su desesperación que en un momento cambió de idea (e hizo algo genial, claro, porque tuvo una idea maravillosa) y pensó: “¿y si no puedo encontrar las flechitas porque no es posible encontrarlas? ¿No será preferible que trate de *demostrar que no se pueden encontrar las flechitas porque no existen?*”.

Este señor se llamó Georg Cantor. Van a encontrar una breve reseña biográfica de él en otra parte del libro, pero al margen de lo que allí diga, a Cantor lo volvieron loco. La comunidad científica especialista en el tema lo enloqueció, literalmente.

Cuando Cantor descubrió que había *infinitos más grandes que otros*, dijo: “Lo veo y no lo creo”.

Pero ¿qué es lo que hizo Cantor? Para entenderlo, necesito recordar aquí por un momento qué es el desarrollo decimal de un número (sin entrar en demasiados detalles). Por ejemplo, cuando definí los números racionales, digamos el número $1/2$, quedó claro que este número también se puede escribir así:

$$1/2 = 0,5$$

Y agrego otros ejemplos:

$$1/3 = 0,33333\dots$$

$$7/3 = 2,33333\dots$$

$$15/18 = 0,83333\dots$$

$$37/49 = 0,75510204\dots$$

Es decir, cada número racional tiene un desarrollo decimal (que se obtiene, justamente, haciendo el cociente entre los dos números enteros). Lo que

sabemos de los números racionales es que al hacer el cociente, el desarrollo decimal es, o bien finito (como en el caso de $1/2 = 0,5$, porque después vendrían sólo ceros a la derecha de la coma), o bien es periódico, como $1/3 = 0,33333\dots$, en donde se repite un número (en este caso el 3), o podría ser un conjunto de números (que se llama *período*), como en el caso de $(17/99) = 0,17171717\dots$ en donde *el período es 17*, o bien, en el caso de $(1743/9900) = 0,176060606\dots$ en donde *el período es 60*.

Es más: podemos decir que todo número racional tiene un desarrollo decimal finito o periódico. Y al revés: dado un desarrollo decimal finito o periódico cualquiera, eso corresponde a un único número racional.

A esta altura, yo creo que puedo suponer que los lectores entienden lo que es el desarrollo decimal.

Con todo, hay números que *no son racionales*. Son números que tienen un desarrollo decimal pero que se sabe que no son racionales. El ejemplo más famoso es π (pi). Se sabe (no lo voy a probar aquí) que π no es un número racional. Si siguen interesados en más ejemplos, en este mismo libro está la demostración que “enloqueció” a los pitagóricos de que “la raíz cuadrada de 2” ($\sqrt{2}$) *no es racional*. Y por otro lado, por allí también anda el número e , que *tampoco es racional*.

Ustedes saben que el número π tiene un desarrollo decimal que empieza así:

$$\pi = 3,14159\dots$$

El número $\sqrt{2}$ tiene un desarrollo decimal que empieza así:

$$\sqrt{2} = 1,41421356\dots$$

El número e tiene un desarrollo decimal que empieza así:

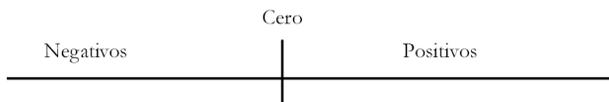
$$e = 2,71828183\dots$$

La particularidad que tienen *todos estos números* es que tienen un desarrollo decimal que *no termina nunca* (en el sentido de que no aparecen ceros a la derecha de la coma a partir de ningún momento) y *tampoco son periódicos* (en el sentido de que no hay un lugar del desarrollo a partir del cual *se repita indefinidamente un segmento de números*). Estos dos hechos están garantizados porque los *números en cuestión no son racionales*. Es más: las cifras de cada número son imposibles de predecir en función de las anteriores. No siguen ningún patrón.

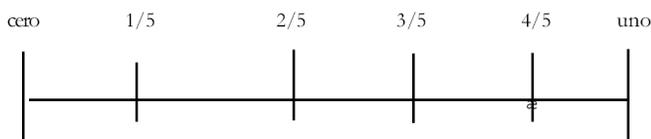
Creo que se entiende entonces cuáles son esta clase de números. Más aún: todo número *real* que no sea *racional* se llama *irracional*. Los tres ejemplos que acabo de poner son tres números irracionales.

Cantor propuso entonces: “voy a probar que hay un conjunto infinito que *no se puede coordinar con los naturales*”. Y para eso, siguió diciendo: “el conjunto que voy a tomar es el de *todos los números reales* que están en el segmento $[0,1]$ ”.³

Un momento: tomen una recta, marquen un punto cualquiera y llámenlo *cero*. Los puntos que están a la derecha se llaman *positivos* y los que están a la izquierda *se llaman negativos*.



Cada punto de la recta corresponde a una *distancia del cero*. Ahora marquen un punto cualquiera más a la derecha del cero. Ése va a ser el número 1 para ustedes. A partir de allí, uno puede construir los números *reales*. Cualquier otro punto de la recta está a una distancia del cero que está medida por la longitud del segmento que va desde el cero hasta el punto que usted eligió. Ese punto es un número real. Si está a la derecha del cero, es un número real positivo. Si está a la izquierda, es un número real negativo. Por ejemplo el $1/2$ es el punto que está a la mitad de la distancia de la que usted marcó como 1. El $(4/5)$ está a cuatro quintas partes del cero (es como haber partido el segmento que va desde el 0 hasta el 1 en cinco partes iguales, y uno se queda con el punto que queda al elegir las primeras cuatro).



Está claro, entonces, que a cada punto del segmento que va entre el 0 y el 1, le corresponde un número real. Ese número real, puede ser *racional o irracional*. Por ejemplo, el número $(\sqrt{2} - 1) = 0.41421356\dots$ es un número irracional que está en ese segmento. El número $(p/4)$, también. Lo mismo que el número $(e - 2)$.

Cantor tomó entonces el segmento $[0,1]$. Son todos los números reales del segmento *unitario*. Este conjunto es un conjunto *infinito de puntos*. Piénsenlo así: tomen el 1, dividan al segmento por la mitad: tienen el $1/2$. Divídanlo ahora por la mitad: tienen el número $(1/4)$. Divídanlo por la mitad: tienen el

³ Aquí conviene decir que los números *reales* consisten en la unión del conjunto de los *racionales* y el de los *irracionales* (o sea, los que *no son racionales*).

(1/8). Como se advierte, dividiendo por la mitad cada vez, uno obtiene siempre un punto que está en la mitad de la distancia del que tenía antes. Eso va generando una sucesión *infinita* de puntos: $(1/2^n)$, *todos* los cuales están en el segmento $[0,1]$.

Falta poco. Cantor dijo entonces: “voy a suponer que este conjunto (segmento unitario) se puede *coordinar con los naturales*”. O sea, supuso que *tenían el mismo cardinal*. Si esto fuera cierto, entonces debería haber una asignación (o lo que llamamos “las flechitas”) entre los elementos del segmento $[0,1]$ y los números naturales. Resultaría posible, como en los ejemplos anteriores, que podríamos poner en una *lista* a todos los elementos del segmento $[0,1]$.

Y eso hizo:

$$\begin{array}{l} 1 \quad 0, a_{11} a_{12} a_{13} a_{14} a_{15} a_{16} \dots \\ 2 \quad 0, a_{21} a_{22} a_{23} a_{24} a_{25} a_{26} \dots \\ 3 \quad 0, a_{31} a_{32} a_{33} a_{34} a_{35} a_{36} \dots \\ 4 \quad 0, a_{41} a_{42} a_{43} a_{44} a_{45} a_{46} \dots \\ \dots \\ n \quad 0, a_{n1} a_{n2} a_{n3} a_{n4} a_{n5} a_{n6} \dots \end{array}$$

En este caso, lo que representan los distintos símbolos de la forma a_{pq} , son los dígitos del desarrollo de cada número. Por ejemplo, supongamos que éstos son los desarrollos decimales de los primeros números de la lista:

$$\begin{array}{l} 1 \quad 0,783798099937\dots \\ 2 \quad 0,523787123478\dots \\ 3 \quad 0,528734340002\dots \\ 4 \quad 0,001732845\dots \end{array}$$

Es decir,

$$\begin{array}{l} 0, a_{11} a_{12} a_{13} a_{14} a_{15} a_{16} \dots = 0,783798099937\dots \\ 0, a_{21} a_{22} a_{23} a_{24} a_{25} a_{26} \dots = 0,523787123478\dots \end{array}$$

y así siguiendo.

O sea, lo que Cantor hizo fue suponer que existe una manera de “poner flechitas”, o de hacer “asignaciones”, de manera tal que *todos los números reales* del segmento $[0,1]$ estuvieran coordinados con los naturales.

Y ahora, la genialidad de Cantor: “voy a construir un número que *está* en el segmento $[0,1]$, pero que *no está en la lista*”.

Y lo fabricó así: se construyó el número

$$A = 0, b_1 b_2 b_3 b_4 b_5 b_6 b_7 b_8 \dots$$

Uno *sabe* que este número está en el segmento $[0,1]$, porque empieza con $0, \dots$ ¿Pero quiénes son las letras b_k ? Bueno, Cantor dijo:

Tómo

b_1 de manera que sea un dígito diferente de a_{11}

b_2 de manera que sea un dígito diferente de a_{22}

b_3 de manera que sea un dígito diferente de a_{33}

...

b_n de manera que sea un dígito diferente de a_{nn}

De esta forma, tengo garantizado que el número A no está en la lista. ¿Por qué? No puede ser el primero de la lista, porque el b_1 *difiere* de a_{11} . No puede ser el segundo, porque el b_2 difiere de a_{22} . No puede ser el tercero, porque el b_3 difiere de a_{33} . No puede ser el n -ésimo, porque el b_n difiere de a_{nn} .⁴ Luego, Cantor se fabricó un número *real* que está en el segmento $[0,1]$ *que no está en la lista*. Y esto lo pudo construir independientemente de cuál fuera la lista.

Es decir, si viene cualquier otra persona y le dice “yo tengo una lista diferente de la suya, y la mía sí funciona y contiene *todos los números reales del intervalo $[0,1]$* ”, Cantor puede *aceptarle cualquier desafío, porque él puede construir un número real que debería estar en la lista, pero que no puede estar*.

Y eso culmina la demostración, porque prueba que si uno quiere hacer una correspondencia biunívoca entre los números reales y los números naturales, *va a fracasar*. Cualquier lista que *presuma de tenerlos a todos* pecará por dejar alguno afuera. Y no hay manera de arreglarlo.⁵

Este método se conoce con el nombre de *método diagonal de Cantor*; fue uno de los saltos cualitativos más importantes de la historia, en términos de los conjuntos infinitos. A partir de ese momento, se supo entonces que había infinitos más grandes que otros.

⁴ Para poder usar este argumento hay que saber que la *escritura decimal* de un número es *única*, pero se requeriría el uso de una herramienta un poco más sutil.

⁵ El número $0,0999999\dots$ y el número $0,1$ son iguales. Es decir, para que dos números racionales sean iguales, no es necesario que lo sean dígito a dígito. Este problema se genera cada vez que uno “admite” que haya “infinitos” números *nueve* en el desarrollo decimal. Para que la “construcción” que hice del número que “no figura” en la lista sea *estrictamente correcta*, hay que *elegir un número que sea diferente de a_{11} y de 9* en cada paso. Eso “evita”, por ejemplo, que si uno tiene el número $0,1$ en la lista, y empieza poniendo un 0 en el lugar a_{11} y luego elige *siempre* números 9 , termina por construir el mismo número que figuraba en el primer lugar.

La historia sigue y es muy profusa. Daría para escribir muchísimos libros sobre el tema (que de hecho están escritos). Pero sólo para dejarnos a todos con un sabor bien dulce en la boca, quiero proponerles pensar algunas cosas:

a) Supongamos que uno tiene un “dado” con *diez caras* y no seis, como los habituales. Cada cara tiene anotado un dígito, del 0 al 9. Supongamos que uno empieza a tirar el dado hacia arriba. Y va anotando el numerito que va saliendo. Empieza poniendo 0,... de manera que el resultado termine siendo un número real del intervalo $[0,1]$. Piensen lo siguiente: para que el resultado sea un número racional, el “dado” de diez caras tiene que empezar a repetirse partir de un determinado momento, ya sea porque da siempre cero, o bien porque repite un *período*. En cualquier caso, si no repite o *no empieza a dar cero constantemente*, es porque dio un número irracional. Si repite o empieza a dar siempre cero es racional. ¿Qué les parece que es más posible que pase? De las dos alternativas, ¿cuál les parece más factible? Esto sirve para que intuitivamente advirtamos *cuántos más son los irracionales que los racionales*.

b) Si uno tuviera una recta, y pudiera excluir los racionales, no se notarían virtualmente los agujeros. En cambio, si excluyéramos a los irracionales, casi no se verían los puntos que quedan. Tanto más grande en tamaño es el conjunto de los reales comparado con el de los naturales. (La palabra *casi* está usada adrede, porque *no es que no se verían los racionales sino que la idea que quiero dar es que los irracionales son muchísimos más que los racionales*.)

c) Hay muchas preguntas para hacerse, pero la más inmediata es la siguiente: ¿es el conjunto de números reales el que tiene infinito más grande? La respuesta es no. Uno puede construirse conjuntos arbitrariamente grandes y con un cardinal infinito “más grande” que el anterior. Y este proceso no termina nunca.

d) Otra dirección de pregunta podría ser la siguiente: vimos recién que los reales *son más* que los naturales, pero ¿hay algún conjunto infinito que tenga cardinal más grande que el de los naturales y más chico que el de los reales? Este problema es un problema *abierto* de la matemática, pero se supone que no hay conjuntos infinitos *en el medio*. Sin embargo, *la hipótesis del continuo* dice que la matemática seguirá siendo consistente, se pruebe que hay o no hay conjuntos con infinitos más grandes que el de los naturales y más chicos que el de los reales.

Segmentos de distinta longitud

Como hemos visto reiteradamente en este libro, todo lo que tenga que ver con los conjuntos infinitos es ciertamente fascinante. La intuición es puesta a prueba y los sentidos también. La famosa frase de Cantor (“lo veo, pero no lo

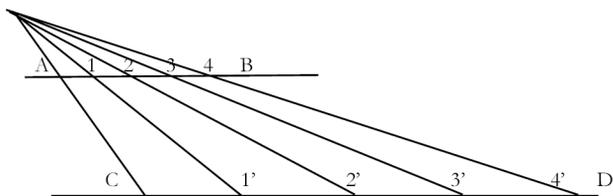
creo”) caracteriza bien lo que nos ocurre cuando tropezamos con ellos (los conjuntos infinitos) las primeras veces.

Otro ejemplo muy ilustrativo es el de los segmentos.

Tomemos dos segmentos de *distinta longitud*. Llamémoslos $[A,B]$ y $[C,D]$. Uno *sabe* (*¿sabe?*) que todo segmento tiene infinitos puntos. Si necesitan una confirmación, marquen el punto medio del segmento. Ahora tienen dos segmentos iguales. Tomen cualquiera de ellos, marquen el punto medio y continúen con el proceso. Como advierten, *siempre* hay un punto en el medio de dos y, por lo tanto, el número de puntos que contiene un segmento es *siempre infinito*.⁶

Lo interesante es preguntarse, ¿cómo se comparan los infinitos? Es decir, ¿quién tiene más puntos si dos segmentos tienen distintas longitudes como $[A,B]$ y $[C,D]$? La respuesta es sorprendente también y es que *ambos tienen el mismo número de puntos. Infinitos, ciertamente, pero el mismo número*. ¿Cómo convenirse de esto?

Como ya hemos visto en el capítulo de los distintos tipos de infinitos, es imposible tratar de *contar*. Necesitamos otros métodos de comparación. Y la herramienta que usé en otras partes, es la de las “asignaciones” o “flechitas” que unen los elementos de uno con los elementos de otro (recuerden el apareamiento de números naturales con los enteros, o con los racionales, etcétera). En este caso, entonces, hago lo mismo.⁷



Este hecho, naturalmente, atenta contra la intuición, porque se desprende que un segmento que una la parte externa de la página que ustedes están leyendo con la parte interna, tiene *la misma cantidad de puntos que un segmento que una la Ciudad de Buenos Aires con la de Tucumán*. O un segmento que una la Tierra con la Luna.

⁶ Este argumento ya lo utilicé en el capítulo sobre los diferentes infinitos de Cantor.

⁷ Excluyo los segmentos que contienen un solo punto, lo que podríamos llamar un *segmento degenerado* $[A,A]$. Este segmento contiene *un solo punto*: A .

Un punto en un segmento

Les propongo el siguiente ejercicio para comprobar su familiaridad con los *grandes números*.

- 1) Tomen una hoja y algo con qué escribir.
 - 2) Tracen un segmento (háganlo grande, no ahorren papel justo ahora, aunque el ejemplo funciona igual).
 - 3) Pongan el número cero en el extremo izquierdo de su segmento.
 - 4) Pongan el número un billón en el extremo derecho. Es decir, ustedes van a suponer que el segmento que dibujaron mide un billón. Marquen en el mismo segmento el número mil millones. ¿Dónde lo pondrían?
- La respuesta, en las páginas de soluciones.

Programación lineal

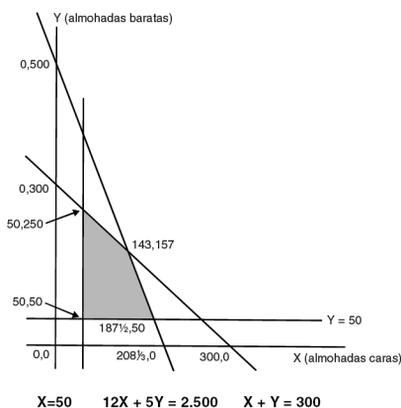
John Allen Paulos

La programación lineal es un método para maximizar (o minimizar) una cierta cantidad asegurando al mismo tiempo que se cumplen ciertas condiciones sobre otras cantidades. Generalmente estas condiciones son lineales (sus gráficas son líneas rectas), de ahí el nombre de la disciplina: programación lineal. Es una de las técnicas más útiles de la investigación operacional, que es como se conoce el conjunto de instrumentos matemáticos desarrollados después de la segunda guerra mundial para mejorar el rendimiento de los sistemas económicos, industriales y militares, y desde entonces se ha convertido en un ingrediente habitual de los cursos de matemáticas de las escuelas de empresariales.

En vez de seguir invocando inexpressivos términos matemáticos para aclarar su significado, lo ilustraremos reflexionando sobre un simple cálculo del punto muerto. Un pequeño taller fabrica sillas metálicas (o artefactos si prefiere las formulaciones genéricas). Sus costes son 80.000 ptas. (en bienes de equipo, por ejemplo) y 3.000 ptas. por cada silla producida. Así pues, el coste total T contraído por el taller viene dado por la fórmula $T = 3.000X + 80.000$, donde X es el número de sillas producidas. Si suponemos además que el precio de venta de estas sillas es de 5.000 ptas. la pieza, los ingresos totales R del

taller vienen dados por la ecuación $R = 5\,000 X$, donde X es el número de sillas vendidas.

Representando ambas ecuaciones sobre el mismo par de ejes coordenados, encontramos que se cortan en un punto en el cual los costes y los ingresos son iguales. El punto muerto, o de beneficio cero, es el $(40, 200.000 \text{ ptas.})$, de modo que si se venden menos de 40 sillas, los costes superan los ingresos; si se venden más, los ingresos superan los costes: y si se venden exactamente 40 sillas, tanto los ingresos como los costes son 200 000 ptas. Maximizar los beneficios en este caso se reduce a vender tantas sillas como sea posible. (Para obtener algebraicamente el punto de beneficio cero, 40, se resta la ecuación $Y = 3.000 X + 80.000$ de la $Y = 5.000X$. La ecuación resultante, $0 = 2.000 X - 80.000$, se resuelve fácilmente y da $X = 40$).



La región sombreada satisface todas las desigualdades

Después de este preliminar consideremos el siguiente problema, que es un caso auténtico de programación lineal. Sin dejar las aplicaciones de la economía, supondremos que una empresa fabrica dos tipos de almohadas. Producir una almohada cara cuesta 1.200 ptas. y se vende a 3.000 ptas., mientras que una barata cuesta 500 ptas. y se vende a 1.800 ptas. La compañía no puede fabricar más de 300 almohadas al mes y no puede gastar más de 250 000 ptas. al mes en su producción (son normas impuestas por la subvención)⁸. Si la compañía ha de fabricar al menos 50 almohadas de cada tipo ¿cuántas ha de fabricar de cada clase para maximizar sus beneficios?

⁸ Chiste intraducible: *leatherbed*, «subvención excesiva», pero también «plumón». (N. del T.)

Si llamamos X al número de almohadas caras que la compañía fabrica cada mes e Y al de almohadas baratas, podemos convertir las condiciones sobre X e Y del problema en: $X + Y \leq 300$; $X \geq 50$; $Y \geq 50$; y $1.200X + 500Y \leq 250.000$. La última desigualdad se debe a que si fabricar una almohada cara cuesta 1 200 ptas., producir X costará $1.200X$ ptas.; y análogamente, hacer Y almohadas baratas costará $500Y$ ptas. Obsérvese que estas condiciones se expresan como desigualdades lineales, cuyas gráficas son regiones del plano delimitadas por líneas rectas (o, en problemas más complicados, por sus análogos en espacios de más dimensiones).

La cantidad que hay que maximizar es el beneficio, que en términos de X e Y vale $P = 1.800X + 1.300Y$. Esto es así porque el beneficio que se tiene por cada almohada cara es de 1.800 ptas. (3.000 ptas. – 1.200 ptas.), y por cada almohada barata 1.300 ptas. (1.800 ptas. – 500 ptas.), con lo que X de las primeras dan un beneficio de $1.800X$ ptas., e Y de las segundas dan $1.300Y$ ptas. Una vez tenemos el problema planteado así, hay varias técnicas para hallar la solución. Una es gráfica y consiste en encontrar los vértices y los lados de la región permitida -a parte del plano en la que son válidas todas las desigualdades- y luego probarlas para encontrar en cuál de ellas se tiene el máximo beneficio. Con este método, y un poco de geometría analítica, descubrimos que la compañía de almohadas debería fabricar 143 almohadas caras y 157 baratas al mes si quiere obtener el máximo beneficio.

Otra técnica, llamada método simplex, debida al matemático norteamericano George Danzig, desarrolla y formaliza esta estrategia geométrica de modo que un ordenador pueda examinar rápidamente estos puntos en el caso de que haya más de dos variables. Usado durante más de cuarenta años, el método simplex ha ahorrado una cantidad incalculable de tiempo y dinero. Sin embargo, si el problema de optimización tiene varios miles de variables y desigualdades lineales, como ocurre por ejemplo al establecer el horario de unas líneas aéreas o los recorridos de las llamadas telefónicas, la comprobación puede ser un poco lenta, incluso para un ordenador. Para estas ocasiones existe un algoritmo, inventado recientemente por Narendra Karmarkar, investigador de los AT&T Bell Laboratories, que a menudo es más rápido en la determinación del horario más eficaz o el recorrido más corto.

Cuando las condiciones no son lineales, los problemas son mucho más difíciles de tratar. Me es grato informarles de que los problemas de programación no lineal frecuentemente colapsan los superordenadores más potentes.

ÍNDICE

LITERATURA

¿Jura decir toda la verdad? La literatura y la explicación de los hechos	6
A mí no me engañan las hormigas, <i>Mark Twain</i>	7
El Beso, <i>Gustavo Adolfo Bécquer</i>	9
La muerte de un héroe, <i>Pär Lagerkvist</i>	20
El silencio de las sirenas, <i>Franz Kafka</i>	22

SOCIEDAD, CIENCIA Y CULTURA CONTEMPORÁNEA

Caverna-Matrix	25
La alegoría de la caverna (fragmento), <i>Platón</i>	27
Edipo, <i>Sófocles</i>	31

MATEMÁTICA

Decidir... ¿qué variables considerar?	63
Geometría no euclídea, <i>John Allen Paulos</i>	65
Distintos tipos de infinito, <i>Adrián Paenza</i>	70
Programación lineal, <i>John Allen Paulos</i>	85